

Modo y figura en las maravillas de la naturaleza

La historia natural en los padres misioneros del siglo XVIII en el Nuevo Reino de Granada

Rodrigo Zapata Cano



Modo y figura en las maravillas de la naturaleza

La historia natural en los padres
misioneros del siglo XVIII en el Nuevo
Reino de Granada

Rodrigo Zapata Cano

Rodrigo Zapata Cano

Este texto fue presentado como trabajo de grado para optar al título de Historiador en la Facultad de ciencias humanas y económicas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede de Medellín.

ISBNe: 978-958-8947-26-6

Primera edición: marzo de 2016

Corrección de textos

Diana Vélez

Diseño y Diagramación

Oficio Gráfico. Sandra María Arango Mejía

Ilustración:

El Pez Monje, ilustración del libro de Guillaume Rondelet (1507-1556), *Histoire entière des poissons*, Lyon: Par Mace Bonhome a la Masse d'Or, 1558, 2 t. en 1 v.: il.; 27 cm.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento –No Comercial-Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Agrarias

Ciudadela de Robledo, Carrera 75 # 65-87

Teléfonos: (57-4) 2199125, 2199157

Medellín. Colombia

Página web con acceso gratuito a los textos: <http://editorialbiogenesis.udea.edu.co/>

Facebook Página oficial: <http://editorialbiogenesis.udea.edu.co/> (acceso gratuito a todos los libros):

https://www.facebook.com/editorial.biogenesis/?ref=aymt_homepage_panel

MODO Y FIGURA EN LAS MARAVILLAS DE LA NATURALEZA

La historia natural en los padres misioneros del siglo XVIII en el Nuevo Reino de Granada

Rodrigo Zapata Cano

Docente y traductor

Fondo Editorial Biogénesis, 2016

97 p.

ISBNe: 978-958-8947-26-6

1. Historia natural descriptiva. 2. Saber de la semejanza. 3. Bestiarios. 4. Taxonomía. 5. Modo y Figura.

Contenido

Introducción.....	5
La historia natural: una larga serie de anacronismos	5
Capítulo I. Los animales.....	15
1. Bestias y fieras.....	15
El caimán o cómo con-figurar un monstruo	16
La danta o cómo con-figurar una bestia	17
Las tortugas y la finalidad divina	18
El modo y la figura frente a la taxonomía.....	18
2. Las aves.....	20
“Para el oído”	21
“Maravilla por maravilla”	23
El rey de los gallinazos.....	24
3. Los peces.....	24
El temblador o torpedo	27
“Novedad de especies y figuras”	28
El manatí o vaca marina.....	28
4. Las serpientes.....	30
La anfisbena	31
El buío	33
Vibración de efluvios malignos, espíritus animales y <i>horror vacui</i>	34
5. Los insectos.....	38
Generación espontánea y metamorfosis.....	39
La planta-insecto	40
6. Los pilosos.....	41

Capítulo II. Las plantas.....	49
1. La fisonomía de los árboles.....	51
El árbol de la vida.....	52
Arbustos y hierbas.....	53
2. Los nombres de las plantas.....	54
3. Las plantas medicinales.....	55
“El fraylecillo”.....	56
El curare.....	58
4. Los inter-reinos.....	60
Las almas.....	62
Las matas de almejas.....	63
El bejuco “ya te veo”.....	65
La vergonzosa o el espejo de las doncellas.....	65
La digestión del dictamo.....	67
La transustanciación del guayacán.....	68
Conclusión.....	69
Referencia Bibliográfica.....	73



En aquel entonces Eco tenía cuerpo, todavía no era sólo una voz. Aunque parlanchina, no tenía otro uso de su boca distinto del que tiene ahora, para poder volver a decir las últimas palabras de todo lo que se le decía.

Ovidio, Las metamorfosis.

Introducción

La historia natural: una larga serie de anacronismos

Existe una forma tradicional (positivista) de considerar los textos de historia moral y natural escritos por los cronistas en general, conquistadores o padres misioneros. Según esta forma, en dichos textos es posible leer de manera *objetiva y concreta* hechos históricos. Así se escribió una muy buena parte de la historia del Descubrimiento y la Conquista de América. Asimismo, cuando este tipo de historiografía se ocupa de los textos de historia natural, se queda atascada en una exaltación sin crítica de lo raro, lo exótico, etc.

Trabajos más recientes, como el de Beatriz Pastor en su *Discurso narrativo de la conquista de América*, intentan darle un nuevo tratamiento a estos documentos desde una historia de las ideas, involucrando una disciplina como la crítica literaria:

Queda por considerar la historia de la época como textos literarios. Sus fines eran los de los antiguos historiadores: proponer ejemplos edificantes, y glorificar personas; también los de los modernos; exaltar valores espirituales confundido con intereses nacionales o políticos y finalmente para el espíritu. La noción misma de objetividad en la historia era ignorada; epopeya en prosa, obra de propaganda, historia natural, crónica familiar, la historia del Nuevo mundo no puede ser utilizada por el historiador moderno más que como una historia de las ideas y no de los hechos (Lafaye, citado en Pastor, 1983).

Este tipo de trabajos centra su análisis histórico en describir *contenidos léxicos* para hacer *positivos*, evidentes (gracias a una labor de exégesis) los distintos *elementos de significación* que determinados sujetos emitieron en tal o cual época. Además, todo esto permitiría acceder de forma directa a los sentidos que aparecen confrontándose en la superficie de los discursos. Estos discursos, en tanto producidos por una escritura determinada (estilo), son reducidos a una simple materialidad a partir de la cual es posible la interpretación o el hallazgo de *estructuras semánticas ocultas*:

En su forma más general, nos dice Foucault, puede decirse que la historia de las ideas describe sin cesar - y en todas las direcciones en que se efectúa - el paso de la no-filosofía a la filosofía, de la no-cientificidad a la ciencia, de la no literatura a la obra misma. Es el análisis de los nacimientos sordos, de las correspondencias lejanas, de las permanencias que se obstinan por debajo de los cambios aparentes, de las lentas formaciones que se aprovechan de las mil complicidades ciegas, de esas figuras globales que se anudan poco a poco y de pronto se condensan en la fina punta de la obra. Génesis, continuidad, totalización: estos son los grandes temas de la historia de las ideas, y aquello por medio de lo cual se liga a cierta forma, ahora tradicional de análisis histórico (Foucault, 1970, p. 232).

Y no de otra forma se procede en *El discurso narrativo de la Conquista de América*. Se trata de la descripción del discurso narrativo que, desde los textos de Colón a la *Araucana* de Alonso de Ercilla, intenta mostrar la sucesión continua de un único tema que elaboran (con pequeñas diferencias a nivel narrativo) los diferentes autores cuyas *experiencias objetivas* en el Nuevo Mundo se *reflejarían* en sus formas lexicales.

Esta historia de las ideas también se puede ver actuando en los trabajos que se han hecho sobre la historia natural. Como no es posible ocuparnos de todos aquí, revisaremos algunos ejemplos, con los cuales podremos mostrar aspectos importantes para nuestro propósito.

El primer trabajo que salta a la vista cuando se revisa la documentación sobre la historia natural en América en los siglos XVI al XVIII, son los ya clásicos libros de Antonello Gerbi: *La naturaleza de las Indias Nuevas* y *La disputa del Nuevo Mundo*. Vamos a detenernos un poco en el primero. Allí se parte de los textos de Colón para ver la manera por la cual el almirante describe la flora, la fauna y los minerales que va encontrando a su paso. Luego, aparece una larga lista de viajeros y cronistas que tuvieron el mismo propósito, para terminar en Fernández de Oviedo. Este último cronista ha merecido toda la atención del autor, quien ve en él el trabajo acabado de los otros.

En primer lugar, Gerbi ve en Fernández de Oviedo a un hombre del Renacimiento que no sólo describe la naturaleza, sino que también hace experimentos y demostraciones y, lo que es más sorprendente aún, “Oviedo rebate de facto las teorías que reprochaban a la historia de las ciencias exactas la incapacidad de hacer experimentos (o de “medir” que da lo mismo)” (Gerbi, 1975, pp. 358-359). Y más adelante agrega:

El experimento es un acto mental, no es una técnica de esta o aquella forma de conocimiento. Es propia de todas. Y si sofisticadamente se nos quisiera objetar que Oviedo hace experimentos en cuanto naturalista y no en cuanto a historiador, replicaríamos, antes que nada, que la objeción encierra una petición de principio. Los experimentos de Oviedo son sus interrogatorios de las cosas americanas: ¿qué diferencia lógica hay entre abrir una culebra y acribillar a preguntas a un conquistador que acaba de regresar? Y aun es preciso decir que tampoco el astrónomo, por ejemplo, ni el paleontólogo hacen experimentos en el sentido restringido de la palabra, y sin embargo nadie les regatea el título de científicos (pp. 358-359).

Según esta posición, el solo hecho de describir “materia nueva” le da al cronista la capacidad de alejarse de los naturalistas descriptores. Basta con interrogar la naturaleza para obtener un experimento. El anacronismo es evidente, no se puede confundir lo que la Edad Media y el Renacimiento conocían con el nombre de “experiencia” y lo que la ciencia moderna considera como experimento. “Hice la experiencia”, dicen a menudo los cronistas, esto es, *ya que todo me fue contado o lo he leído, quise verlo o tocarlo*. Gerbi no nos dice cuáles eran las preguntas que Oviedo convierte en un protocolo de experimentación, aunque sus argumentos buscan apoyarse en Claude Bernard:

Sobre la diferencia entre la observación y el experimento, con todo lo que este implica como “actividad” interrogativa, como hipótesis puesta a prueba, como naturaleza forzada y exprimida, e incluso alterada, por la investigación del hombre de ciencia, merecen leerse las clásicas páginas de Claude Bernard, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, Genève, 1945, p. 49-84 etc.

y el consiguiente duro ataque a Bacon, que “no era un científico, y no comprendió el mecanismo del método experimental” (Gerbi, 1975, p. 359).

Así pues, el problema da un salto desde el siglo XVI al XIX¹. Y aquí no podrían ser más exactas las palabras de Bachelard (1993, pp. 206-207): “El lector moderno a menudo obsequia a los antiguos con “conocimientos naturales”. Olvida que los conocimientos que creemos “inmediatos” están implicados en un sistema que puede ser muy artificial; también olvida que los “conocimientos naturales” están implicados en ensoñaciones “naturales”.

En segundo lugar, Gerbi insiste en considerar los textos de los naturalistas descriptores examinados en su historia como si entre estos hubiese diferencias marcadas en lo que se refiere al saber que los hizo posibles. Para esto, esgrime una serie de causas o más bien “intenciones” que buscan explicarse por sí mismas:

Completamente ilusorio –más aun: engañoso- es el intento de trazar una línea de desarrollo desde Colón hasta Oviedo. Los autores de quienes hemos discurrido no están hablando un mismo lenguaje. Diversos son sus intereses mentales, y diverso, en consecuencia, el ángulo visual desde el cual contemplan el mundo americano. Diversa su formación intelectual, diverso su bagaje de conocimientos, diversísimas sus escalas de valores. Absolutamente diverso, por lo tanto, el interés que cada uno de ellos pone en las cosas que ha visto, o de las cuales (como Pedro Mártir) ha tenido sabrosa noticia. Las intenciones digámoslo así, “científicas”, de descripción sistemática son sumamente raras. Predominan sentimientos de índole muy distinta, y además muy heterogénea: el medio personal, la codicia de mayores beneficios, el orgullo de los descubrimientos, la lisonja de los poderosos (o que se creían tales), el gusto periodístico de “hacer noticia”, el desahogo de peregrina erudición, el placer de fabular, la especulación mercantil, y la eterna, invasora codicia de oro (*auri sacra fames*) (Gerbi, 1975, p. 149).

El afán por buscar esta pretendida diferencia entre las crónicas lo lleva a contradecirse. Sobre todo cuando persiste en mostrarnos a Oviedo nada menos como aquel soldado naturalista que,

10 | Confrontando y discriminando, conmensurando y distinguiendo [...] sienta las bases de la nueva ciencia natural: a la mera “descripción” de los animales, propia de las ciencias medievales, sucede con Oviedo, bajo el estímulo mental de la extrañas criaturas americanas, un principio de clasifi-

1 No vamos a insistir aquí sobre estos problemas del método experimental en Claude Bernard. Sin embargo, creemos importante remitir al lector a los ensayos que Canguilhem le dedica al fisiólogo, los cuales nos pueden mostrar el verdadero lugar al que pertenece la discusión, tan alejada de la época de Oviedo. Véase Canguilhem, 1992b.

cación que inmediatamente suscita los problemas de la especie y del género, del prototipo y de la variedad, de las cualidades esenciales y de los caracteres accesorios (Gerbi, 1975, p. 344).

Pero no comprendemos muy bien cómo un “estímulo mental” ante lo nuevo pudo crear un “principio de clasificación” que involucra problemas de género, especie, prototipo y variedad, adelantándose a los sistemas clasificatorios de Linneo y Buffon. Cuando los naturalistas descriptores hablan de especie, no tienen otra idea que la que habían heredado de Aristóteles, es decir, las nociones de *genos* y de *eidós*, que no indican directamente género y especie, tal como son consideradas por las clasificaciones modernas. Cuando se describe un animal o una planta y se habla de especie, es porque esta noción sirve únicamente para hablar de la existencia de otros que se les asemejan en el todo o en las partes. Se trata más bien de establecer semejanzas por medio de formas, tamaños, colores, sabores, etc.

No es necesario ir muy lejos para darnos cuenta de los anacronismos cometidos por Gerbi en su diligencia por ensalsar a Oviedo, aquel soldado “cuya formación mental es esencialmente italiana y humanística” (1975, p. 282). De esta manera, de naturalista experimentador y clasificador antes de tiempo, lo vemos regresar a la Edad media, pero por un camino no menos claro. Ahora es su “forma expositiva” la culpable de que el conquistador no pueda expresarse en un lenguaje más moderno y quede atrapado en los hilos que tejen los bestiarios:

En la forma expositiva, Oviedo se mantiene bastante cerca de los “bestiarios” medievales: describe un animal (o una planta) y luego otro, y otro, sin buscar afinidades genéticas, y sin un método seguro –salvo seguir en general el orden pliniano de animales terrestres, acuáticos y volátiles, más uno como apéndice para los insectos-, pero con una constante preocupación utilitaria, a veces con el agregado final de “moralejas” de neto sabor medievalizante (Gerbi, 1975, p. 333).

Pero todavía hay más. Gerbi nos cuenta acerca de la polémica que surgió a raíz de la descripción de la iguana que hicieron Pedro Mártir y Oviedo. Mientras que el primero aparece como el naturalista descriptor que permanece en las tinieblas producto de su confianza en los “relatos de oídas”, el segundo se nos presenta como el analista a quien le es suficiente con ser “testigo de vista”. Así, pues, basta con “ver” para tener una idea exacta del animal descrito:

Ahora bien, Pedro Mártir sostiene que las iguanas son “semejantes a los cocodrilos del Nilo” ¡grave error! Pedro Mártir habrá visto cocodrilos, pero en cuanto a iguanas está muy mal informado. Oviedo, en cambio, ¡vaya si ha visto iguanas! ¡y con qué cuidado las ha observado! No se olvida de describir ni la sorprendente delicadeza de sus patas ni su estólida inmovilidad cuando están

cautivas. No ha visto cocodrilos, es verdad, pero tiene a la mano la *Historia natural* de Plinio y las *Etimologías* de San Isidoro (Gerbi, 1975, p. 246).

Ni que decir de los “manuales de zoología” con los cuales Oviedo corrobora sus observaciones, que no son otra cosa que los bestiarios recreados por Plinio e Isidoro y que por supuesto ambos contendientes conocieron. ¿Qué hacer frente a estos “desaciertos” en la descripción? Gerbi, como juez alejado en el tiempo y en el espacio de la contienda, elige la vía más salomónica para decidir en favor de su historia continuista:

Da gusto no estar obligados, ni siquiera hoy, a fallar en contra de uno de los contendientes, Oviedo y Pedro Mártir. La posición zoológica de la iguana y de los lagártidos en general no está aun bien definida. Algunos naturalistas ponen el orden de los *lacertidia*, que comprende la familia de las *iguaniae*, junto con el orden de los *ophidia* en la clase de los *squamata*, mientras que a los varios cocodrilos y caimanes los ponen en la clase de los *loricata* (y por tanto le darían la razón a Oviedo). Otros se inclinan a considerar los lagártidos como reptiles bastante más cercanos a los cocodrilos que a las serpientes (y por tanto apoyarían a Pedro Mártir) (Gerbi, 1975, p. 246).

Esta última forma de interpretación la podemos ver actuando de manera más acentuada en un texto más reciente y cuyo título no podría ser más explícito: “Los relatos de la fauna orinoquense hechos por Felipe Salvador Gilij, evaluados con la óptica de la Zoología del siglo XX” de Paulillo y Aldemaro. Aquí, los relatos de este cronista del siglo XVIII son considerados como si estuviesen anclados todavía en la no-ciencia que de una u otra manera hizo posible la ciencia actual, la que a su vez se convierte en el punto de partida para evaluar o, más exactamente, juzgar, las descripciones de la fauna que envuelven los relatos del misionero:

El aporte de Gilij al conocimiento de los vertebrados de dicha región no puede menos que considerarse variado y valioso. Al comparar la suya con las obras que conocemos escritas hasta la segunda mitad del siglo XVIII (e inclusive otras posteriores) y que de alguna manera dan información sobre la fauna de la actual Venezuela, no se puede menos que decir que el tomo I del *Ensayo de Historia Americana* de Gilij constituye un documento de primer orden para nuestra Historia Natural [...]. A los comentarios hechos por Gilij, aquí se presentan aclaratorias e identificaciones taxonómicas para un total de 46 especies de vertebrados, discriminados en 2 de peces, 1 de anfibio, 8 de reptiles, 15 de aves y 20 de mamíferos silvestres, así como aclaratorias y aproximaciones de identificaciones taxonómicas para otras 19 descripciones zoológicas hechas por Gilij que involucran a más de una especie posible para cada descripción [...]. Generalmente las descripciones hechas de la mayor parte de los animales mencionados por Gilij son tan precisas y ajustadas a la realidad que parecen establecer una diferencia apreciable con la mayor parte de los autores que le

precedieron. No obstante, ello no impidió que en ocasiones el observador científico que parece Gilij se viera oscurecido por relatos de animales inexistentes, fabulosos y monstruosos, lo cual nos dice un poco del estado del conocimiento zoológico en la época en la que le tocó hacer su obra. La fauna americana, incluyendo la venezolana, apenas comenzaba a ser vista y estudiada por el continente europeo y con todas las conjeturas y aseveraciones hechas sobre supuestos animales y personas indescriptibles que poblaban el Nuevo Mundo, no es de extrañar que Gilij incurriera ocasionalmente en los mismos desaciertos (Paolillo, Romero, 1989, p. 159).

Según esta óptica, Gilij aparece como un naturalista ilustrado que logró franquear los estrechos límites del saber que practicaban sus predecesores (¡y hasta de los que vendrían después!) sobre la fauna de América. Además, pasa a engrosar las filas de la serie continua de científicos que contribuyeron a fundar la moderna Zoología con sus sucesivos descubrimientos. Basta con aminorar el ruido que produce el relato del cronista para hallar en el fondo, de forma transparente, el verdadero animal; y de este modo, también se le perdonan sus “desaciertos” ocasionales debido a que se encontraba “desprovisto”, como los demás científicos, de un lenguaje apropiado para describir la realidad de la recién descubierta fauna americana. Esta manera ingenua de presentar al misionero como un zoólogo, lo único que logra es crear más ruido y confusión alrededor de sus textos: el oro reluciente que la moderna taxonomía extrae de los oscuros socavones del relato va amontonando una ganga de “desaciertos”, que a su vez aumenta la colección de “disparates” cometidos por culpa del “estado del conocimiento zoológico en la época en que le tocó hacer su obra”. Digamos, para terminar, que estos presuntos desaciertos se deben aplicar más bien a estos zoólogos, a los cuales les convendría saber un poco más acerca de la historia epistemológica de su ciencia.

Ahora bien, Michel Foucault nos aleja de estos anacronismos y de la confusión que éstos crean en los relatos de los cronistas, en el momento en que nos muestra, en *Las palabras y las cosas*, la *discontinuidad* que existe entre la historia natural que se practicaba en la episteme de la semejanza y la que emerge en la época clásica, la historia natural de la representación²:

Si nos remitimos a la *Historia serpentum et draconum*, se ve que el capítulo “De la serpiente en general” se despliega según las rúbricas siguientes: equívoco (es decir, los diferentes sentidos de la palabra *serpiente*), sinónimos y etimologías, diferencias, forma y descripción, anatomía, natu-

2. Acerca de la *discontinuidad* que se produce entre la historia natural descriptiva del saber de la semejanza y la de la episteme de la representación, véase Foucault (1982) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. En particular los capítulos II “La prosa del mundo” y el IV “Clasificar”.

raleza y costumbres, temperamento, coito y generación, voz, movimientos, lugares, alimentos, fisonomía, antipatía, simpatía, modos de captura, muerte y heridas por serpientes, modos y señales por envenenamiento, remedios, epítetos, denominaciones, prodigios y presagios, monstruos, mitología, dioses a los que está consagrada, apólogos, alegorías y misterios, jeroglíficos, emblemas y símbolos, adagios, monedas, milagros, enigmas, divisas, signos heráldicos, hechos históricos, sueños, simulacros y estatuas, usos en la alimentación, usos en la medicina, usos diversos. Y dice Buffon: “júzguese por esto qué parte de historia natural podrá encontrarse en todo este fárrago. Todo esto no es descripción, sino leyenda”. En efecto, para Aldrovandi y sus contemporáneos, todo esto era *legenda*, cosas que leer. Pero la razón no está en que se prefiera la autoridad de los hombres a la exactitud de una mirada sin prevención, sino en que la naturaleza misma es un tejido ininterrumpido de palabras y de marcas, de relatos y de caracteres, de discursos y de formas. Cuando se hace la *historia* de un animal, es inútil e imposible tratar de elegir entre el oficio del naturalista y el del compilador: es necesario recoger en una única forma del saber todo lo que ha sido *visto* y *oído*, todo lo que ha sido *relatado* por la naturaleza o por los hombres, por el lenguaje del mundo, de las tradiciones o de los poetas. Conocer un animal, una planta o una cosa cualquiera de la tierra equivale a recoger toda la espesa capa de signos que han podido depositarse en ellos o sobre ellos; es encontrar de nuevo todas las constelaciones de formas en las que toman valor de blasón (Foucault, 1982, pp. 47- 48).

Así pues, para que se pueda delinear la figura de una planta o de un animal en la historia natural descriptiva, es preciso que ésta aparezca envuelta en la leyenda que tejen los relatos en general. La leyenda es la “red semántica” que atrapa al ser vivo no solo en su figura, sino también en su modo, en sus costumbres. Pero ¿en qué consiste la “trama semántica” que, a su vez, pone en funcionamiento el saber de la semejanza? Foucault nos describe sobre todo cuatro figuras y su función específica en dicho saber, así como las complejas relaciones que se establecen entre ellas: La Conveniencia (convenientia), *La Emulación (Aemulatio)*, *La Analogía (Analogia)*, *Simpatía y Antipatía (Sympathia-Antipathia)*³.

Foucault muestra que esta manera de conocer las *cosas visibles e invisibles* funcionó hasta finales del siglo XVI. Los naturalistas descriptores que estuvieron en América desde el Descubrimiento, no proceden de una manera distinta en sus relatos de historia moral y natural. No obstante, hemos encontrado que el saber de la semejanza todavía persiste en

3 Además de los ejemplos que nos presenta Foucault en el capítulo II de Las palabras y las cosas, para cada figura, se puede consultar los que expone el excelente y fino análisis de Gonzalo Soto Posada. Soto Posada, G. (2001). *La función de la semejanza en las Etimologías de San Isidoro de Sevilla*, Cuadernos de formación avanzada, Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín.

los padres misioneros durante el siglo XVIII, por lo menos los que hemos considerado en el Nuevo Reino de Granada⁴. Habría que revisar una bibliografía más extensa en Latinoamérica para corroborar posibles diferencias con respecto a la historia natural que practicaban otros misioneros tales como Molina y Clavigero, los cuales parece que ya operaban con las clasificaciones de Linneo y Buffon.

En este texto nos hemos propuesto describir la historia natural que los padres misioneros escribieron, al mismo tiempo que se dedicaban a evangelizar a los indígenas. Sabemos que su principal ocupación era la de fundar y sostener sus misiones y que el oficio de naturalistas les viene por añadidura. En repetidas ocasiones los padres justifican el propósito de escribir la historia natural al lado de la historia moral, considerando la primera como un adorno de la segunda:

Así comparezco ante Vuestros pies, beatísimo Padre, con un volumen de Historia Natural, a la que me he dedicado durante algunos años, y he dispuesto no sé con qué éxito, en varios libros. Así como Cayo Plinio Segundo, príncipe en este género de Historias Naturales, quiso orlar la suya con el nombre de su monarca Tito Vespaciano. Mas la de Plinio, aunque también trate de cosas extranjeras, y las trate sin duda mejor que yo, no se extendió nunca a aquella parte del mundo a la que ha llegado la mía, gracias a tiempos más prósperos. El presentó a su príncipe la Europa, el Asia y parte escasa de Africa. Yo pongo ante mi soberano, aunque no sin temor América. No por cierto todo, ya que no me bastaría el aliento ni la vida, sino aquella en que por divina disposición estuve de misionero muchos años (Gilij, 1976, t. I, p. 7).

Para inventariar las plantas y los animales, los misioneros no poseen un orden que todos puedan seguir. Por ejemplo, si alguno de ellos describe las aves, lo hará en la medida en que las vaya encontrando en sus itinerarios y, de este modo, pueden aparecer al lado de descripciones de plantas o de otros animales dispersos en todo el texto. Los seres vivos encuentran su existencia (modo y figura) gracias a que sus relatos aumentan la leyenda

4 La idea de considerar los textos de historia natural de los padres misioneros en el siglo XVIII surgió del trabajo de investigación que se desarrolló en la Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín, en el *Seminario de historia de la Biología* (segunda fase, 1989-1996), así como en el *Seminario de Historia Natural en Colombia*, dirigidos por el profesor Luis Alfonso Paláu C. El punto de partida fue la lectura del *Orinoco ilustrado y defendido* de Joseph Gumilla (1686-1750). Luego, ampliamos la documentación considerando otros textos que fueron escritos en la misma época y donde se hacían descripciones de fauna y flora. Aparecieron, entonces, nombres de misioneros tales como Fray Alonso Zamora (1635-1717); Juan de Rivero (1681-1736); Fray Juan de Santa Gertrudis (? -1799); Felipe Salvador Gilij (1721-1789); Fray Antonio Caulín (1719-1802), entre otros.

en la que han estado atrapados o comienzan a estarlo. Esta leyenda se compone de elementos muy heterogéneos, los cuales provienen de la Antigüedad, la Edad Media o del Renacimiento, así como de los que toman de los textos contemporáneos de divulgación científica, tales como los diccionarios de historia natural y las enciclopedias.

Nuestro principal objetivo consiste en describir la manera por la cual estos elementos, tomados de diversos contenidos culturales, se articulan, gracias a la función de la semejanza, en las descripciones que los misioneros realizan de los seres vivos. Para este propósito, hemos dividido el trabajo en dos capítulos. El primero, dedicado a las descripciones de los animales, fue ordenado según la manera en la cual se presentaban los animales durante el Renacimiento (cuadrúpedos -que aquí no son otra cosa que bestias y fieras-, aves, peces, reptiles e insectos y un apartado dedicado a los hombres salvajes), con el fin de hacer más clara su lectura. Para el segundo capítulo, dedicado a las plantas, describimos la documentación respectiva haciendo énfasis en los elementos más significativos: los elementos que intervienen en la descripción de los árboles, los arbustos y las hierbas; de los nombres de las plantas; las plantas medicinales y, para terminar, la mezcla de los reinos.



Capítulo I

Los animales

1. Bestias y fieras

Los arcos y las flechas, las ballestas y las ballestillas, destinadas para la caza mayor: grifos, quimeras, grifones, dragones y unicornios, abadas, jabalíes, antas, dantas y la Gran Bestia.

León de Greiff

La denominación de “bestia”, escribe Isidoro de Sevilla, conviene apropiadamente a los leones, pardos, tigres, lobos y zorras, así como a perros, simios y otros que muestran su crueldad con la boca o con las uñas; por eso se exceptúan las serpientes. Y se les dice “bestias” por la violencia (*vis*) con que manifiestan su ferocidad. El nombre de fieras (*ferae*) lo deben a que hacen uso de su natural libertad y se dejan llevar (*ferre*) según su deseo: su voluntad es libre y vagan de un lado para otro, dirigiéndose a donde su capricho las lleva (de Sevilla, 1982, t. II, p. 69).

Estamos aquí más cerca de éstas definiciones de Isidoro que de los cuadrúpedos ovíparos o vivíparos distinguidos según la clasificación de Aristóteles. De esta manera, encontramos

descritos toda clase de animales terrestres: monos, osos, jabalíes, armadillos etc., al lado de anfibios tales como iguanas, tortugas, ranas o caimanes. Así pues, son fieras, animales tan disimiles como el perico ligero o el caimán:

Vi dentro de un monte una fiera un poco más grande que un mono. Todo su cuerpo es de mono, sólo que tiene su rabo de cabra y en las manos y pies no tiene dedos, sino tres corvas de color amarillo, corvas que parecen de boxo, del largo de un dedo. Luego que yo vi las uñas, y creo que fue lo primero que vi, me dio un gran susto. Me quedé yerto sin saber qué hacerme, temeroso que no me embistiese, porque por las uñas conocí que no era mono [...] Él tiene su fuerza en las uñas, y lo que agarra con ellas con dificultad se lo pueden sacar (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, pp. 69-70).

El caimán o cómo con-figurar un monstruo

Pregunta Gumilla (1963, p. 419):

¿Qué definición se podrá hallar que adecuadamente comprenda la fealdad espantosa del caimán? Él es la ferocidad misma y el aborto tosco de la mayor monstruosidad, el horror de todo viviente; tan formidable, que si el caimán se mirara en un espejo, huyera temblando de sí mismo. No puede idear la fantasía una pintura más propia del demonio que retratándole con todas sus señales. Aquella trompa feroz y verrugosa, toda negra y de duro hueso, con quijadas, que las he medido, de cuatro palmos, y algo más; aquel laberinto de muelas, duplicadas las filas arriba y abajo, y tantas, no se si diga navajas aceradas, dientes o colmillos; aquellos ojos, resaltados del casco, perspicaces y maliciosos, con tal maña, que sumida toda la corpulenta bestia bajo el agua, saca únicamente la superficie de ellos para registrarlo todo sin ser visto; aquel dragón de cuatro pies horribles, espantoso en tierra y formidable en el agua, cuyas duras conchas rechazan a las balas, frustrándoles el ímpetu, y cuyo cerro de broncas y desiguales puntas, que le afea el lomo y la cola de alto a bajo, publica que todo él es ferocidad, saña y furor; por lo cual no hallo términos que expliquen la realidad de las especies de que este infernal monstruo retengo concebidas.

Como dice Kappler, la noción de monstruo (por supuesto antes de que aparezca la teratología como ciencia) es subjetiva y relativa y su amplio espectro parece no tener límites⁵. Así, en el siglo XVI para el médico-cirujano Ambroise Paré (1987, p. 114) la ballena es un monstruo debido a su gran tamaño, pero no sin antes advertir: “Abusamos algo de la palabra “monstruo” para un mayor enriquecimiento de este libro”. Asimismo, el coco-

5 Sobre la tipología del monstruo véase Kappler, (1986), En especial el capítulo IV: El tamaño desproporcionado; los antípodas y el color de su piel; “los que hacen lo contrario de lo que nosotros hacemos y no realizan ciertos actos que para nosotros son primordiales”; por carecer o tener en exceso algún órgano esencial; “sustitución de un elemento habitual por otro insólito”; metamorfosis, etc., son algunos de los elementos que aparecen con más frecuencia para configurar un monstruo.

drilo aparece aquí al lado de otros monstruos fabulosos y legendarios: “hasta el punto de que el mero hecho de mirarlo resulta repulsivo” (p. 102).

Es aquí donde podemos alinear también la descripción de Gumilla, la cual se corresponde punto por punto con la noción de monstruo que aparece en las *Etimologías*: “Por su parte, *monstra* deriva su nombre de *monitos*, porque se muestran para indicar algo, o porque “muestran” al punto qué significado tiene una cosa. Y este es su significado propio, que se ha visto no obstante, corrompido por el abuso que de esta palabra han hecho los escritores” (de Sevilla, 1982, t. II, p. 47). Ahora bien, ¿qué muestra el caimán? ¿cuál es su monstruosidad? Es un demonio, monstruo infernal; es un dragón (serpiente de cuatro patas). En síntesis, su cuerpo está cubierto de las marcas que saltan a la vista y que hacen visible su origen, modo y figura: malicia, horror, ferocidad, saña, furor, etc.

La danta o cómo con-figurar una bestia

Operando con la semejanza en la diferencia, las partes de otros animales (cerdo, ternera, jumento) se combinan para armar la figura de este enigmático animal que sobresalía por su alzada y cuyas costumbres sólo se podían apreciar en medio de la selva. Sin lugar a dudas, se trata de una presa de caza mayor muy apetecida por su carne (semejante a la de los animales domésticos como la vaca o el cerdo) y cuyos singulares cascos hendidos tendrían las mismas virtudes curativas que los cuernos del legendario unicornio:

Su figura es la más rara que se pueda pensar: su cuerpo es del tamaño de un jumento o de un muleto de un año; los cuatro pies, cortos, que no corresponden al cuerpo, rematan, no en las pezuñas, como las de la ternera, sino en tres; y estas son las uñas tan afamadas y tan apreciadas, que vulgarmente se llaman las uñas de la gran bestia, por haberse experimentado admirables contra la gota coral, tomando sus polvos y colgando una de aquellas uñas al cuello del doliente. La cabeza del ante tiene alguna semejanza, aunque poca, a la del cebón; y tiene entre ceja y ceja un hueso tan fuerte, que con él rompe cuanta maleza y palos halla por delante en las selvas; [...] la cola del ante ante tampoco dice ni corresponde a su cuerpo, porque es corta, delgada y retorcida ni más ni menos que la de un cebón; también tiene crin que le da algún aire; pero no excede en la crin de un jumento. De tan buena gana vive en lo profundo del río o de la laguna como en la tierra [...] *En fin se llama comúnmente la gran bestia. No sé por qué; tal vez será porque es un animal irregular, que viene a resultar de varias partes de otros animales, sin que el todo se parezca a alguno de ellos [...]* Las uñas de la gran bestia, con las piedras bezares, el cuerno del unicornio y los colmillos del caimán, formaron panacea indiscutible e indiscutida aun entre personas

serias y de cultura; se mandaban como regalo precioso a Papas y Reyes, Duques y Cardenales; y los físicos más célebres recetaban sus polvos, que se guardaban en el ojo del boticario, como lo más rico de la botica (Gumilla, 1963, p. 211).

Las tortugas y la finalidad divina

Pero los animales no sólo se consideran por la figura y por todo aquello que se pueda leer y descifrar en ésta. De igual forma, el modo, o como suele decirse, el natural o sus costumbres, funcionan como signos para interpretar el orden y la finalidad de la Creación. Un ejemplo, por decirlo así, estereotipado, y tal vez por pertenecer a una vieja tradición, es el de las sociedades animales y su claro objetivo moralizador:

De modo que no solamente dio el Criador a los animales admirables industrias para su conservación, sino también para nuestra enseñanza, como se ve en las repúblicas ordenadas y hacendosas de las abejas y de las hormigas. Y quien quisiere maravillarse y alabar a Dios, vea en la *Historia de Canadá o Nueva Francia* la república que forman los castores, la vida sociable que hacen, su gobierno económico y la formalidad y arte natural con que labran sus viviendas, para las cuales, unos cortan madera, otros la cargan; aquellos amasan barro, éstos lo cargan, y los demás, a fuer de arquitectos, labran las viviendas (Gumilla, 1963, pp. 421- 422).

Otro ejemplo, quizás menos común, es el que presenta el padre al observar y “hacer la experiencia” con las tortugas del Orinoco que (como cosa asombrosa superan en número a los granos de arena de dicho río) y cuyo esfuerzo por alcanzar el agua una vez han salido del huevo, se convierte en el signo que todo creyente debe saber leer para orientarse en la ruta para alcanzar la gracia y la gloria:

Esto me causó tanta armonía, que repetidas veces puse las tortuguitas a gran distancia del río, llevándolas cubiertas, y haciéndolas dar muchas vueltas y revueltas en el suelo, para que perdieran el tino; pero luego que se veían libres, tomaban el rumbo derechamente al agua, obligándome a ir con ellas, alabando la providencia admirable del Criador, que a cada una de sus criaturas da la innata inclinación a su centro, y modo connatural de llegar a él; ¡gran reprehensión muestra que, aún alentados de los eternos premios y amenazados con imponderables castigos, apenas acertamos a tomar la senda derecha de nuestro último fin y centro de la bienaventuranza para que Dios nos crió! (Gumilla, 1963, p. 232).

El modo y la figura frente a la taxonomía

Gilij le adjudica al clima (entendido aquí como intemperies o templanza de los aires) el origen de la variedad de tamaños y formas que presentan los animales de América con respecto a los de Europa:

Mi experiencia no pasajera me induce a poner toda la culpa de las diferencias americanas en el clima cálido. Me parece que el frío o el calor exagerados, aun prescindiendo de los motivos, muda casi la naturaleza de las cosas. Los pequeños míseros arbustos y también los animales o pequeños o pocos del más remoto septentrión muestran si yo digo la verdad con respecto al frío. Nuestras hierbas, nuestros árboles y arbustos, los animales semejantes a los nuestros nos pueden ayudar a comprender qué extrañas metamorfosis produce el excesivo calor en América (Gilij, 1965, t. IV, p. 81).

Esta es la razón para que el padre considere, según el tamaño de tal o cual animal (excesivamente grande o pequeño), una degeneración de las especies. Así, observa en el oso hormiguero una versión “bastarda” de los grandes osos. Por esta apreciación se convierte en el blanco de las críticas del padre Molina, el cual lo enfrenta con la taxonomía de la historia natural de la representación:

Nada ha sido tan perjudicial a la Historia Natural de la América como el abuso que se ha hecho, y se continúa haciendo de la nomenclatura; de esto se han derivado los voluntarios sistemas de la degradación de los cuadrúpedos en aquel inmenso continente; y de aquí proceden los ciervos pequeños, los jabalíes pequeños, etc. que se alegan y citan a favor de aquellos sistemas, y los cuales no convienen con la especie a la que se supone que pertenecen nada más que en el nombre abusivo que les pusieron algunos *historiadores de poca observación que se dejaron engañar de las apariencias superficiales de las formas y de las figuras*. Un autor moderno muy respetable, que pretende ser cosa evidente la degeneración de los animales de América, cita para prueba de su opinión al mirmecófago americano, llamado vulgarmente oso hormiguero, desechándole como un ramo degenerante de la especie del oso: mas conviniendo todos los naturalistas en que este pequeño cuadrúpedo se distingue del oso no solamente en el género, sino también en el orden, no hay para que reputarle como variedad bastarda de una especie, con la cual no ha tenido jamás ninguna afinidad esencial y característica. Pero, cuántos paralogismos de la misma naturaleza podríamos citar igualmente, si quisiéramos vindicar todos los cuadrúpedos americanos contra quienes han fulminado provisionalmente la sentencia de degradación (Molina, citado en Gilij, 1965, t. IV, pp. 73-74. El énfasis es nuestro).

Las respuestas de Gilij a estas acusaciones de Molina nos permiten hacer visible por qué no puede desprenderse de la episteme de la semejanza, la cual le permite considerar a los animales según una similitud (en modo y figura) con los que ha visto o de los cuales ha leído o le han hablado, ya sea en Europa o en América. Y todo esto, a pesar de estar informado de la taxonomía zoológica y botánica a través de un instrumento de divulgación como lo fue el *Dictionnaire d'Histoire Naturelle* de Valmont de Bomare:

Yo no establezco aquí un canon de historia natural, ni clases, órdenes, géneros, especies, variantes ni otras semejantes distinciones del norte. Digo que “*se llama oso, y que se le asemeja en alguna manera*”. ¿Esto no es verdad? Que se llame oso, lo saben todos los americanos. ¿*Quién puede dudar*

de que se asemeja al oso verdadero? El oso se empuja para saltar, gusta mucho de la miel, así también el osito. A los osos del Orinoco les falta tanta fiereza cuanta admiramos en los nuestros. Así es, pero óigase otra broma: los tamanacos dicen que al principio tuvo también fiereza por haber tenido boca ancha y dientes horribles, pero que habiendo abusado demasiado de ella devorando a los orinoquenses, Amalivacá que tuvo compasión de ellos, quitó al osito sus dientes y le redujo la ancha boca a un hueco (Gilij, 1965, t. IV, p. 76).

Su defensa continúa oponiendo su experiencia (como misionero que ha vivido por más de dieciocho años en contacto directo con los hombres, los animales y las plantas que describe) a las clasificaciones de quienes nunca han estado en América: “Y he aquí que me he abierto el camino para hablar brevemente del sistema que he seguido al redactar mi Historia, sistema que no es ni buffoniano, ni de Linneo sino verdadero. Nadie ciertamente llamará este sistema caprichoso” (Gilij, 1965, t. IV, p. 77). Y en esto último estamos de acuerdo con este hombre del Renacimiento, aquí no hay ningún salto de cabra, ningún capricho y, sin lugar a dudas, se trata de un “sistema” verdadero. Así pues, la historia le da la razón a quien tan sólo intentaba describir por lo menos una pequeña parte de las infinitas figuras que la sabiduría divina *informa en la materia* y, que como buen lector de *la prosa del mundo*, estaba obligado a interpretar y relatar: “y si yo dijera que el oso o el osito hormiguero, como yo le llamo, si yo, repito, dijera que ese animal es una rama degenerada de la especie del oso, ¿qué mal haría en esto? Habría pecado contra los cánones de la Historia Natural, de ninguna contra los de la naturaleza y buena lógica” (Gilij, 1965, t. IV, p. 75).

2. Las aves

Ante la gran cantidad de aves para nombrar, los misioneros construyen sus imágenes por medio de un juego de espejos, los cuales se reenvían los “rostros” de las figuras que sirven de punto de comparación. Así ocurre en la siguiente descripción, donde parece que estuviéramos observando *El aire* de Arcimboldi:

Otro pájaro hay más grande que la guacharaca, todo negro, y bajo de las alas pluma dorada, y es muy buena comida. Lo llaman camarana. Hay también pavas en el monte, y su cantar es quec, quec, quec, muy alto. Son negras un poco más chicas que las caseras. Hay otro pájaro un poco más grande que un pavo y un poco más alto de pierna. El todo negro, pero muy lustroso y aseado, con un plumaje encima de la cabeza de pluma crespa que lo hermosea mucho, y el pico azul, más grande que un pavo [...]. Se llama paují [...]. Otro pájaro hay con las pintas y el canto del secreta-

rio, y al doble de grande [...]. En las playas andan muchedumbre de garzas, garzotes, patos, y de éstos hay unos con el cuerpo blanco, cabeza, cola y alas negras, tamaños como unos gansos [...] y otras variedades que yo no sé sus nombres (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 66).

Como en el caso de los peces y de la mayoría de los animales terrestres, las aves se consideran en primer lugar por su valor alimenticio. Y para reconocer si su carne es o no comestible, se acude al par opuesto sucio/limpio que actúa como único examen. Todo depende de las costumbres alimenticias de las aves y del lugar donde habitan, ya que por la figura de la conveniencia, la carne de estas aves recibe las sustancias propias de lo que ingieren: “pero como habitan casi siempre en las aguas, saben demasiado a pescado, y son por eso menos agradables. Los ánades, llamados por los tamanacos unaná tienen la carne mejor, y creo que puede ser causa de ello la larga morada que, en gran multitud, hacen en lugares húmedos que acaba de abandonar el río, o también los muchos insectos que comen” (Gilij, 1965, t. 1, p. 116).

De este modo, tenemos la belleza del animal unida a sus aseadas costumbres, pero también el caso contrario: “Vi un pájaro más grande que un avestruz. Todo él blanco en el cuello sin plumas, que no la cría, y al pescuezo tres gargantillas de pluma amarilla, negra y colorada. Es pájaro inmundo, que anda por las lagunas comiendo guzarapos. Lo llaman garzote. No se levanta en el aire, sólo da un vuelo como el pavo” (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 42).

“Para el oído”

“Es sabido que muchos nombres de las aves tienen su origen en el sonido de su voz. Es el caso de la grulla, el cuervo, el cisne, el pavo, el milano, la lechuza, el cuclillo, el grajo, etc. La diferencia de su canto enseña al hombre cómo podría denominarlas” (de Sevilla, 1982, p. 107). Esta etimología de Isidoro es seguida de manera fiel por Santa Gertrudis (1956), quien busca en el sonido peculiar de las aves el origen de sus nombres: “vi unos pájaros, tamaños como unos gansos, altos de zanca, como la garza [...]. Pregunté cómo se llamaban y me dijo un arriero: llamanse coclíes. Este nombre les pondrían porque cuando andan volando siempre están cantando: coclí, coclí, coclí” (t. I, p. 98).

Además de esto, el padre escucha en los cantos de las aves un coro por medio del cual alabar la Creación. Las loas no sólo se manifiestan a través de formas y colores, sino

además por medio de una multiplicidad de melodías que ayudan a componer el paisaje sonoro del “gabinete sagrado”:

Al mismo tiempo sentía una música tan suave como causa un órgano tocado a pausas, después de las regalías los cañutos grandes. Y esta música aumentaba más la hermosura del sol. Yo desperté que serían las dos después de la media noche, y oí cantar una bandada de pajaritos en un manchón del monte, que allí estaba cerca. Cantaron un rato, y al pausar, vuelven, vuelven los primeros a su canto, y así se fueron alternando cerca de media hora, formando el mismo tono que yo durmiendo había oído (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, pp. 401-402).

De manera más precisa, estos cantos pueden ser aislados y traducidos en una lección moral, tal como ocurre con el prodigioso pájaro que, debido a su peculiar canto, se convierte en el emblema viviente de la labor de los misioneros. Basta con oírlo en el relato:

Lo llaman el predicador, porque cuando canta dice tan claro como pudiera una criatura de lengua expedita: Dios te dé, Dios te dé, Dios te dé. Entre el primer Dios te dé y el segundo hace una pausita, y como lo pronuncia muy piadoso, y los otros Dios te dé los pronuncia muy a prisa, al oír en los despoblados este pájaro cantar Dios te dé, Dios te dé, Dios te dé conmueve ciertamente el corazón. La hembra canta del mismo modo, y dice: Dios te dará, dará, dará. Hay muchísimos de estos pájaros, y lo más singular es que su lengua es una pluma. Yo no lo quería creer, hasta que lo vi por mis ojos, y he tenido lenguas suyas en la mano (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 96).

Y habrá que agregarle a su singular lengua (clara analogía con la escritura que alaba las maravillas de la creación describiéndolas), los gestos de su pico que forman una “cruz perfecta en el aire”⁶, para pasar a la enseñanza moral que encarna:

Ahora lo que con esto, y con su canto querrá decir el pájaro, sólo Dios lo sabe. Yo dijera, o que dice: Perú, Dios te dé Luz del Evangelio para que lo conozcas, o obreros evangélicos celosos que arranquen tus vicios, o tal vez, como allí está tan fría la caridad fraternal, querrá decir: Dios te dé bienes con que mantenerte y pasar la vida; como quien dice, en esta tierra, si Dios no te da, no aguardes del otro. Varias veces prediqué moralizando estos tres puntos (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 102).

De otro lado, al preguntarse por el origen de los distintos dialectos de los indígenas, Gumilla cree destruir una creencia al censurar la manera por la cual los indígenas nombran

6 “El pájaro hace gestos extraordinarios cuando se dispone a beber. Dicen los frailes que hace la señal de la cruz en el agua y esta creencia popular ha valido al tucán, por parte de los criollos, el extraño nombre de Diostedé” En: Humboldt, A. (1941) *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*. Caracas, Venezuela: Ediciones del ministerio de Educación Nacional. t. IV, p. 277.

las aves según lo que dicen sus cantos⁷. Esto lo alejaría de lo que piensa Isidoro, pero sólo en apariencia, ya que él no está por fuera de los límites del saber que enseña una correspondencia entre *la palabra, el origen, el significado y la cosa*; tal como lo podemos apreciar en el siguiente texto, donde nada le impide considerar el timbre de la voz para descubrir la procedencia de los hombres:

Busco el origen de las varias y diversas lenguas de unos hombres tan poco hombres que están persuadidos de que cada especie de aves habla lengua diferente, y que ellas solas se entienden. Y por esto lo mismo es dar un chillido el pájaro, o un graznido el buitre, y así las otras aves, que luego al punto preguntarle qué es lo que quiere avisarles: *¿yay fajacaqué?* Esto es: *¿Qué es lo que nos dices?* Por esta misma necia persuasión no dan el nombre a las aves por lo que ellas son, sino por lo que piensan que ellas dicen: y así no se les pregunta como se llama aquella ave, sino: *¿Day faácaque casiduca?* Esto es: *¿qué es lo que dice este pájaro?* Y les ponen el nombre de lo que les parece que pronuncian las aves; v. gr., al pato llaman *cuiviví*; a la gallina, *focará*; al gallo, *totelelé*, etcétera, queriendo conocer las aves por su eco, al modo que acá conocemos a los hombres por el metal de su voz (Gumilla, 1963, p. 295).

“Maravilla por maravilla”

En un verdadero duelo de maravillas, Santa Gertrudis intenta sorprender a su adversario al presentarle el capullo en el que está envuelto un gusano vivo, para preguntar enseguida: “¿Qué comía este gusano? ¿De qué se mantenía? ¿Por qué él estaba vivo?” (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, pp. 402-403). Como respuesta, obtiene la prueba palpable de otra maravilla. Se trata de un nido con la forma de un marsellés, confeccionado por un pequeño pájaro: “Dentro de las mangas mete las alas, y dentro del capucho la cabeza, y

7 Según el siguiente texto de Lévi-Strauss, nuestro misionero no está muy distante del “pensamiento salvaje”: “Nunca y en ninguna parte, el ‘salvaje’ ha sido, sin la menor duda, ese ser salido apenas de la condición animal, entregado todavía al imperio de sus necesidades y de sus instintos, que demasiado a menudo nos hemos complacido en imaginar y, mucho menos, esa conciencia dominada por la afectividad y ahogada en la confusión y la participación. Los ejemplos que hemos citado, otros que podríamos añadir, testimonian a favor de un pensamiento entregado de lleno a todos los ejercicios de la reflexión intelectual, semejante a la de los naturalistas y los herméticos de la Antigüedad y de la Edad Media: Galeno, Plinio, Hermes Trimegisto, Alberto Magno. Desde este punto de vista, las clasificaciones ‘totémicas’ están probablemente menos lejos de lo que parece del emblematismo vegetal de los griegos y de los romanos, que se expresaba por intermedio de coronas de olivo, de encino, de laurel, de apio silvestre, etc. O del que se practicaba todavía en la iglesia medieval en la que, según la fiesta, se cubría el coro de heno, de junco, de hiedra o de arena [...] Aun en Teófrasto encontramos un sistema de correspondencia entre las plantas y las aves, en el que la peonía estaba asociada al pájaro carpintero, la centáurida al triorchis y al halcón, el eléboro negro al águila. Todo esto, que atribuimos de buen grado a una filosofía natural largamente elaborada por especialistas, herederos ellos mismos de una tradición milenaria, se encuentra muy exactamente en las sociedades exóticas” (1982, p. 70).

en las faldas tiene la cola, y de un lado a otro agarra con los pies y se cierra así dentro, que cuando está cerrado no enseña afuera sino el pico, hasta los conductos por donde resuella” (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, pp. 402-403).

La naturaleza, que como dice Ambroise Paré, es la “sirvienta de Dios”, tiene una finalidad que debe manifestarse en su perfección. Así pues, este singular nido es un todo armoniosamente acabado; puesto que no es la obra imperfecta del hombre que imita la naturaleza, sino del Creador que no hace nada en vano. A esto apunta el padre cuando insiste en preguntarse por el extraño material con el cual se confecciona el nido: “porque aquello ni era seda ni algodón; lino no puede ser, que en el Perú no lo hay. Decir que sería lana no puede ser, que era muy fino, y no hay lana en el mundo tan blanca como aquello. Yo digo que en uno y otro, así del gusano como de este pajarito, es o son raras maravillas de la naturaleza” (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, pp. 402-403).

El rey de los gallinazos

Por último, la antigua leyenda de las fabulosas arpías es proyectada por Gilij sobre los gallinazos y su rey para, de esta manera, lograr una explicación por comparación:

Una cosa admirable en estos pájaros que siendo, como he dicho, todos negros, su rey (así se llama allá) es blanquísimo, y tan querido de sus súbditos, que le ponen en medio y le hacen a porfía grandes fiestas. Si el rey interviene en la comida junto con los gallinazos, éstos no pican nada del animal muerto sino lo prueba primero su rey. Del rey de los gallinazos no se sabe la genealogía. Yo me atendería al parecer de los que pretenden que este rey sea uno de los gallinazos viejísimos, y en efecto, cuanto más envejecen más blancos se ponen. Los gallinazos son muy malolientes, y el hedor que despiden es tal, que dan asco a todos. Hacen también hediondo lo que tocan con sus garras, y por eso me parecía allí, y me parece todavía, que no son desemejantes a las famosas arpías de Virgilio, tanto es su parecido en el hedor y la gula (Gilij, 1965, t. I, p. 215).

3. Los peces

Escribe Gumilla (1963, p. 220):

La causa de la multitud increíble de pescado del río Orinoco depende, a mi ver, del gran buque del mismo río, y de las grandes lagunas a que se extiende, caños en que se divide, y multitud de caudalosos ríos que recibe; todo lo cual ofrece conveniencia a los peces para sus crías y pasto abundante para su manutención, aunque creo que no todos comen, y que muchos sólo necesitan

de agua para vivir, crecer y multiplicar. Así consta del experimento hecho en Santa Fé de Bogotá por el doctor Juan Bautista de Toro, quien en una redoma cristalina puso un pececillo, a quien jamás dio comida alguna y sólo le remudaba agua pura cada día; con todo eso creció tanto, que llegó a no poder nadar en su corto y diáfano estanque.

Este texto y su actitud ante lo maravilloso nos ubica en línea directa sobre las descripciones que los misioneros hacen de los peces, quienes se insertan en *los límites de lo posible* de una larga tradición. Esta antigua tradición considera como peces a todos los animales que viven en el agua. Para no ir muy lejos, vamos a Isidoro de Sevilla, quien en sus *Etimologías* escribe un apartado que se denomina *sobre los peces*, en el cual nos describe el origen de sus nombres y, por lo tanto, la manera por la cual es posible continuar bautizando a los habitantes de las aguas: “Los anfibios son un tipo determinado de peces a los que se les da ese nombre porque están capacitados para caminar sobre la tierra lo mismo que para nadar en el agua. En griego *amphi* quiere decir ‘una y otra cosa’, o sea que viven tanto en el agua como en la tierra. Es el caso de las focas, los cocodrilos y los hipopótamos, nombre este que significa literalmente ‘caballo de río’ ” (de Sevilla, 1982, t. II, p. 95).

El primero que nombró los animales fue Adán. Luego vienen los demás hombres, los cuales se encargarán de continuar con este inventario de la Creación divina. En el caso de los peces, los hombres, en sus distintas lenguas, tomaron a los animales terrestres para establecer su semejanza con los acuáticos:

Los hombres, antes que a los peces, dieron nombre a los ganados, a las bestias y a las aves, porque las vieron y conocieron antes. Más tarde, y poco a poco, fueron imponiendo nombres a las diferentes clases de peces que iban conociendo, nombres que tomaban de su similitud con los animales terrestres, de su particular aspecto exterior, de sus costumbres [de su color, de su figura, o de su sexo]” (de Sevilla, 1982, t. II, p. 95).

Estas “entradas” (similitud con los animales terrestres, aspecto exterior, costumbres, color, figura, sexo) aparecen en las descripciones de nuestros misioneros, a las que podemos agregar otras tales como su valor medicinal, industrial o alimenticio. Así, Santa Gertrudis (1956) habla de un pez nunca antes visto:

Los indios habían pescado, no habían sacado más que un pescado que no se come. Yo jamás había visto tal pescado: él no tiene escama; su figura es parecida al pescado llamado rata, sólo que este tenía la cabeza chata y la boca aplastada, y con la nariz chata que tenía, parecía cara de mono. Así

que lo vi, sin haberlo jamás visto, dije: esto no puede ser comida. Y así fue, porque los indios lo volvieron al instante a echar al agua (t. I, p. 201. El énfasis es nuestro).

La forma extraña del pez *indica* que no es comestible. Se trata de una figura que se compone de las partes de animales terrestres. La *Semejanza en la diferencia* le permite compararlo con el pez rata y luego viene la *explicación por comparación* para llegar a la cara del mono. El pez sin nombre es bautizado y, por ende, enmarcado en su verdadera naturaleza y finalidad.

Pero, el padre no sólo se ocupa de estos extraños híbridos o monstruos que llevan en su cuerpo la marca de lo que son. Tenemos también al pez ángel que lleva inscrita en sus escamas los emblemas y colores propios de los seres que habitan las regiones celestiales:

Vi un pescado, que dijeron se llama Ángel. Es cierto que quien le puso el nombre lo adoptó con su hermosura. Él tendría tres o cuatro varas de largo. Su figura es llana como un lenguado, y saliéndole la cabeza en proporción forma un cuello de cosa de un palmo, y de cada lado tiene dos alas, que le llegan hasta la tercera parte del cuerpo, y éstas las juega abriéndolas y cerrándolas, como un hombre los brazos para nadar. Su color es blanco con una especie de blanco tan diáfano, que parece un cristal. Está todo su cuerpo tachonado de una especie de estrellas tan resplandecientes que supongo que serán sus escamas, que sobrepujan en gran manera su hermosura, blancura y resplandor a lo demás del cuerpo. Él se estuvo junto a las ventanas de la cámara grande rato, y todos mirándolo tan admirados de su hermosura, que nos parecía un Ángel (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 35).

Y ya que se trata de un pez ángel, por supuesto que está dotado de alas. Pero la maravilla no se queda allí, el padre hace referencia a otros peces voladores que huyen de los “taurones” volando largas distancias y que, como las golondrinas, lo hacen en bandadas batiendo sus alas. “El vuelo le dura hasta que con el aire se le reseca la humedad, precisa el fraile, y de improviso, como de golpe, se cae en el agua, porque se le para el juego de las alas” (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 35). ¿Qué hace posible en este saber de la semejanza que estos peces puedan nadar y volar? Recordemos los cuatro elementos y sus cualidades, así como la forma en que se relacionan:

Por simpatía son interdependientes: el agua sale de la tierra, el aire del agua, el éter (fuego) del aire, e inversamente, el éter se espesa en el aire, el aire se condensa en el agua y el agua se solidifica en la tierra. Por antipatía se oponen y entran en conflicto: el agua tiende a apagar el fuego, éste a evaporar el agua. Esta doble relación explica el por qué cada elemento es cualitativamente doble y con ello tienen algo de común y algo de no común o nada de común, lo cual le permite mutarse,

intercambiarse, oponerse: la tierra es seca y fría; el agua fría y húmeda; el aire, húmedo y cálido; el fuego, seco y cálido (Soto, 1999, p. 18).

De esta manera, las aletas se convierten en alas gracias a la simpatía entre el agua y el aire, puesto que el aire sale del agua. El agua le da su cualidad húmeda al aire y el fuego su calidez y, de este modo, tenemos: aleta fría y húmeda/ala húmeda y cálida. Y de forma inversa, es decir, por antipatía, obtenemos: ala/aleta, en el preciso momento en que el pez cesa de batir las alas y vuelve al agua. En otras palabras, el pez debe volver a su elemento cuando ha efectuado su vuelo, o de lo contrario, si persistiera la resequedad de las alas/aletas, se convertiría en ave.

El temblador o torpedo

Vamos una vez más a la figura de la simpatía y antipatía, en este caso con la descripción del pez llamado torpedo o temblador. Su nombre proviene de su principal característica: “El pez temblador se llama así porque hace temblar a cuantos le tocan, aunque no sea inmediatamente, sino mediante una lanza o caña de pescar, por otro nombre torpedo, por el torpor que causa” (Gumilla, 1963, p. 38).

Santa Gertrudis se sorprende ante el pez que encuentra en la playa en estado de descomposición y que, a pesar de ello, continúa moviéndose, o mejor dicho, temblando. Y la sorpresa se acentúa aún más ya que el temblor se puede transmitir a quien lo coma por equivocación: “le causa en el cuerpo el mismo temblor, que le dura muchos meses, tanto que aunque la criatura se duerma, no deja ni cesa de temblar, y de esto hay en este río varias experiencias, por haberle algunos indios comido. Y hasta que el sol lo consuma del todo no cesa jamás de temblar. Esta es una de las cosas más raras que yo he visto varias veces” (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, pp. 176-177).

Por su parte, Gilij se refiere al temblador como el nombre vulgar de una anguila que los indígenas llaman arimna y que quiere decir “el que priva de movimiento”. Con todo y esta precisión, la descripción se cierra con una referencia a su peculiaridad: “tenemos, según les parece a los físicos [véase la disertación de M. Bajón, vol. V. de los *Opúsculos interesantes*] una máquina eléctrica en un ser acuático vivo, y en un sedal de algodón, o bien de caraguata, un conductor” (Gilij, 1965, t. I, pp. 93-94).

“Novedad de especies y figuras”

En términos generales, los peces se consideran aquí de acuerdo con las clasificaciones del Renacimiento⁸. Nuestros pescadores de almas reconocen la dificultad para hallar los peces de Europa que pudieran servir para establecer una “ semejanza adecuada”, como dice Gumilla, con los de América: “Lo más que al reparar bien en aquellos pescados podemos decir es: éste se parece algo a la trucha; aquel se asemeja algo al lenguado, etc.” (Gumilla, 1963, p. 220).

De esta manera, los misioneros reducen todos los peces que pudieron conocer, a la antigua división de peces planos o redondos con escamas o sin ellas:

Entre los primeros [peces con escama] es célebre la cachama, llamada por los maipures catama, y por los tamanacos, ipi. No tengo peces entre los conocidos por mí con que comparar este ni otros de que voy a hablar, ni querría que la diversidad de nombres aumentase la especie por descuido de algún naturalista [...]. Para pasar ahora a la descripción de los peces sin escamas, o de piel, demos principios por los redondos y largos. He dicho redondos y largos no porque pretenda darles una figura en todas sus partes cilíndrica, que es mucho o prominente o aplastado, sino por distinguirlos de los planos, de los que he de hablar enseguida (Gilij, 1965, t. I, pp. 90-93).

El manatí o vaca marina

Entre los peces que entran en esta clasificación, tenemos el manatí. Presente en casi todos los textos que describen la fauna y la flora americana desde el siglo XVI, éste parece

8 “Los animales marinos comprendían para Rondelet: a) peces propiamente dichos, de los cuales Rondelet describe más de doscientas especies y, están clasificados según la forma del cuerpo. Así, por su forma alargada, la lamprea está próxima al esturión y a los escualos; dentro de los peces planos se reúnen los pleuronétidos (rodaballo, lenguado, platija), al Zeus *faber* o pez de San Pedro y a los peces cartilagosos planos (rayas, torpedo y, naturalmente, el pejesapo). El hipocampo, por la creencia de que no tenía branquias, estaba incluido entre los gusanos. b) Peces cetáceos y grandes bestias marinas: la frisialia o fragata portuguesa (*physalia*), las tortugas marinas, designadas con el nombre de peces cetáceos, las focas (pinnípedos), la ballena, los delfines, la marsopa (cetáceos). Vienen a continuación ciertos animales legendarios (monstruo leonino de rostro humano, monstruo vestido de fraile o de obispo, nereidas). c) peces blandos como los pulpos. d) “peces” “cubiertos de cascarón o corteza como las langostas”. e) “peces cubiertos de caparazones duros y de conchas simples y dobles”. f) “por último, vienen los que tienen varios cortes en el cuerpo, y los que son de naturaleza intermedia entre los animales y las plantas, llamados también insectos y zoofitos. Los insectos de Rondelet son, en realidad, gusanos, especialmente anélidos poliquetos, llamados escolopendras de mar; el autor representó también las sabelas y las hermelas (*sabellaria*), al lado de estos animales coloca al hipocampo o caballito de mar” (Guyénot, 1956, p. 42).

reunir todas las valorizaciones que se pueden desear de un animal tan singular⁹. ¿Qué extraño pez es éste sin agallas, que anuncia la lluvia con sus saltos, posee un sexo semejante al de los humanos y pare a sus crías y las amamanta?

Así, los valores medicinal (posee un hueso redondo que sirve para detener los flujos de sangre), industrial (con su recia piel como de buey se hacen escudos, sogas y flechas) y por supuesto alimenticio, se conjugan para presentarnos un pez que por analogía se convierte en una vaca o buey en su aspecto y costumbres:

Es la figura del manatí, o vaca marina, muy irregular y diversa de todo otro pescado. Ya dije que se mantiene de la hierba y ramas que se crían en las márgenes del río; la dentadura toda, y modo de rumiar, es propia del buey, también son semejantes a los del buey su boca y labios, con semejantes pelos a los que tiene también el buey junto a la boca; en lo restante de la cabeza no se le parece, porque los ojos son muy pequeños y desproporcionados a su grande mole; sus oídos apenas se pueden distinguir con la vista; pero oye de muy lejos el golpe del remo, por lo cual los pescadores bogan sin sacar el remo del agua, por no hacer ruido; no tiene el manatí agallas, y así necesita sacar cada rato la cabeza para resollar (Gumilla, 1963, p. 226).

La insistencia en considerarlo como un pez, a pesar de compartir su modo y figura con el buey, se podría explicar por su principal valor de uso, es decir, como alimento. La descripción comienza con la hierba que come el manatí. Se trata de una hierba muy tierna que por simpatía le transmite dicha cualidad a su carne y, a su vez, ésta se compara con la de cerdo y la ternera. Ahora bien, tal parece que al consumirlo en cuaresma se estaba frente a un dilema con claras connotaciones teológicas, ¿se trata de un pez o es un animal terrestre?: “Por todos comúnmente, tanto eclesiásticos como seculares, es tenido como pez. Lo cierto es que, salvo al tiempo de comer, según me parece, está siempre en

9 Como un ejemplo aleccionador de lo que no se debe hacer en la taxonomía de la episteme de la representación, el *Diccionario* de D’Orbigny menciona las primeras descripciones del manatí por algunos autores: “los primeros naturalistas que tuvieron conocimiento del manatí [se refiere a Gesner, Aldrovandi y Jonston], por ejemplo, llenaron sus obras de gravados ridículos y descripciones más ridículas aún. Asimismo filósofos, tales como Maillet (*Telliomet*), Kircher, Lachenaye des Bois, etc. creen en la existencia de estas fantásticas sirenas, y perdieron su tiempo en vanas búsquedas, para amontonar en sus libros pruebas numerosas, pero recogidas sin la menor crítica. Una palabra representa siempre una idea, y si la palabra es falsa en su aplicación, nacerá de manera constante una idea falsa: he aquí de lo que nomencladores naturalistas se deben persuadir”. D’Orbigny, M. Ch. (1868). *Dictionnaire universel D’Histoire Naturelle servant de complément aux anciens dictionnaires scientifiques et résumant les traités spéciaux sur les diverses branches des sciences naturelles*, etc. París, Francia. Traducción personal. Acerca de las vicisitudes de este animal en cuanto a su clasificación, véase también la bella antología de Duran, J. (1983) *Ocaso de sirenas. Esplendor de manatíes*. México d.f., México: F.C.E.

el agua. *Bien pueden ver todos por esto que si en Europa hubiera peces semejantes, el ayuno cuaresmal no sería para muchos, como ahora sucede, dificultísimo*” (Gilij, 1965, t. I, p. 97. El énfasis es nuestro).

Pero este no es un caso aislado. No es la primera vez que los religiosos se enfrentan al problema que resulta de la “confusión de géneros”. Existen varios casos semejantes en los cuales lo único que varía es el animal en cuestión:

Las negretas estaban consideradas como pájaros de sangre fría. Si se preguntaba cómo incubaban dichos pájaros, se solía responder que ¿por qué debían incubarlo, puesto que no pueden, por naturaleza, calentar sus huevos y sus polluelos? “una asamblea de teólogos de la Sorbona –añade el abate Vallemont- ha decidido que sacaría a las negretas de la clase de los pájaros para colocarlas en la de los peces”. Son, por lo tanto, un alimento de cuaresma (Bachelard, 1997, pp. 154-155).

4. Las serpientes

En general las serpientes se consideran como animales peligrosos y temidos. Sin embargo, las descripciones que se hacen de éstas apuntan siempre a destacar algún aspecto singular, el mismo que conduce a poner en evidencia su finalidad. Las formas, los colores, las costumbres, las relaciones con las plantas, los animales y los hombres y sus usos medicinales, son algunos de los elementos que se agrupan para crear la figura de las serpientes.

Así, junto a la asombrosa actividad del veneno, “que dentro de un cuarto de hora muere el que pica”, la coral es considerada por Santa Gertrudis como un animal bello: “viste cuantos colores hay. Yo me quedé embelesado de ver la compostura y variedad de sus colores. Haciendo labores muy bien ordenadas” (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 167). Diríamos que la combinación de los colores apuntan a un fin preciso: el autor de todos los arcanos de la naturaleza ha hecho con éstos un bordado fabuloso para ocultar un mortal veneno.

Por lo demás, es bien conocida en la mitología cristiana y pagana la relación de la serpiente con el mal en general, así como su papel moralizador en el bestiario medieval. Las referencias a la serpiente como símbolo del vicio y del pecado (incluso sus enormes fauces como las puertas del infierno) abundan en los relatos de los cronistas. Por lo tanto, no es sorprendente encontrar una “experiencia” como la de Santa Gertrudis, donde los

colores nunca vistos de una serpiente que parece volar, desempeñan un importante papel a la hora de reconocer al demonio con la forma del reptil:

Al salir del tambo encontreme con una culebra verde oscura que tendría tres varas de largo. Yo como no había visto culebra de esta pinta, viendo la ligereza con que ella corría por encima de las puntas de las ramas, mirándome y sacando la lengua, sospeché si sería el demonio el que viéndome ahora sólo, me quería armar alguna treta. Yo saqué el machete para darle, y al primer ademán que hice, ella se huyó y no la volví a ver (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 268).

Las serpientes son animales a los cuales se les debe buscar una finalidad en el orden de la Creación ;para qué fueron creadas? Como hemos visto, los fines se multiplican cada vez que el reptil es nombrado. Para Gumilla (1963) la serpiente de cascabel fue creada para servir a “los curiosos y a los médicos; a aquéllos, para saber, después de muerta, cuántos años tenía la culebra, porque cada año le nace un nuevo cascabel; a éstos sirve de triaca y remedio para varias dolencias” (pp. 395-396). Pero, aparte de estas virtudes, los crótalos como elementos distintivos del animal componen una bella analogía que completa el cuadro de las utilidades:

Y Dios dispuso que también sirviesen de aviso a los incautos caminantes; porque así como el tigre americano antes de comer se sienta y menea lentamente la cola, acción con que imita a los gatos cuando quieren abalanzarse a su presa, en ese mismo modo, antes de fijar la culebra cascabel su venenoso diente, toca a rebato con la sarta de sus encadenados cascabeles, que sirven de aviso al caminante, no solo para evadir su furia, sino también para quitarle la vida y lograr el apreciable despojo de los medicinales cascabeles que se buscan con ansia y se hallan con dificultad y costo (Gumilla, 1963, pp. 395-396).

Las formas irregulares de algunas serpientes, así como la manera como se “mimetizan”, constituye también una de las múltiples entradas a través de las cuales se describen:

Su color es térreo [la serpiente sibucán], tanto, que la tiene el pasajero a sus pies, y por ser su color de tierra, ni la ve ni la distingue; esto es cuando ella está tendida a lo largo; pero cuando se recoge enroscada dentro de sí misma se hace más incógnita, porque a cualquiera le parece que es una bosta de buey y ya seca y descolorida a los rigores del sol y del tiempo: no se puede percibir ni entender cómo una culebra larga se esconde entre sus mismos dobleces y queda encogida al modo que solemos recoger la calceta o la media para calzárnosla con más facilidad (Gumilla, 1963, pp. 396-397).

La anfisbena

Considerada como una serpiente de dos cabezas, la anfisbena es el producto de una leyenda que hunde sus raíces en la Antigüedad. Lucano la celebraba en su poesía, tal como

lo indican estos versos citados por Isidoro de Sevilla (1982): “La pesada anfisbena, que se vuelve hacia cada una de sus dos cabezas. Sus ojos brillan como lámparas encendidas” (t. II, pp. 83-85). A su vez, el autor de las *Etimologías* construye la figura de la serpiente presentándonos estas dos definiciones que se resuelven en una contradicción: “Se denomina así a la *Amphisbaena* porque posee dos cabezas, una en su lugar natural y la otra en la cola, siguiendo la dirección de una u otra cabeza sin necesidad de volver el cuerpo” y citando a Plinio “El nombre no indica que tenga dos cabezas, sino que se arrastra hacia delante y hacia atrás” (t. II, pp. 83-85).

Nuestros cronistas no están muy lejos de estas definiciones ambiguas. Gumilla (1963) no tiene ninguna duda en considerar la existencia de las dos cabezas de la serpiente: “En las tierras calientes, especialmente donde hay abundancia de hormigueros, se halla una especie de culebra de dos cabezas y de tan raras propiedades que no extrañaré causen notable armonía y dificultad a los que no las han visto” (pp. 398-399); mientras que Gilij (1965), quien parece haberlas observado con más detenimiento, manifiesta sus dudas al respecto: “y si he de decir lo que siento, me pareció más bien que su extremidad era a manera de una cola cortada, entrando un poco hacia adentro, y no terminada en punta, como otras serpientes” (p. 250).

No obstante, ambos se refieren a las virtudes medicinales de la extraña serpiente, así como a sus “raras propiedades”. Se deben tener especiales cuidados para matarla, pues ésta tiene la capacidad de volver a unirse una vez que ha sido cercenada, buscando la parte de la cabeza que le corresponde¹⁰. Pero el asunto no para aquí, ya que este “fénix del agua” tendría el poder de renacer si entra en contacto con este elemento. Por esta razón, su cuerpo debe secarse y permanecer alejado de la humedad. Luego, con sus restos completamente secos se obtiene un polvo, que según el boticario consultado por los misioneros, es un “especifico maravilloso para soldar y reunir los huesos quebrados por caída o por golpe”. (Gumilla, 1963, pp. 398-399). Así pues, la simpatía y antipatía de la

10 Esta creencia persistirá hasta el siglo XIX, tal como lo refiere el estudio de Carlos Jared *et al.* (1997): “Según el folclore de diversos países de América Latina, si una anfisbena se corta en dos mitades, cada una de ellas, con su respectiva cabeza, irá a buscar a la otra para unirse de nuevo a ella. Esta leyenda fue descubierta por el naturalista inglés Alfred Wallace entre los negros que trabajaban para él cuando remontaba el Amazonas, de 1848 a 1852. Lo cierto es que algunas especies de anfisbenas, lo mismo que los lagartos, tienen la capacidad de separarse de su cola en caso de necesidad”. Jared, C. *et al.* (1997), p. 952

serpiente con lo húmedo y lo seco, se extiende a los huesos fracturados y de esta manera se establece una afinidad entre ambos.

El buío

El buío o boa es descrito por casi todos los cronistas. En primer lugar, se trata de un monstruo debido a su gran tamaño, el cual tiene la extraordinaria capacidad de engullir toda clase de animales e incluso a los arrieros con sus mulas y carga: “más al querer saltar a las balsas, salió un culebrón cuyo cuerpo era del tamaño de un novillo de cuatro años, sacó cuatro o cinco varas de su cuerpo sobre las balsas, y dio tal arrempujón, que las sacó de la orejuela, y se fue por el dique. A estos monstruos llaman allá culebras boas, y hay varios que las han visto”. (De Santa Gertrudis, 1956, t. I, pp. 53-54)

En segundo lugar, lo que hace de este monstruo una verdadera singularidad es la capacidad que tiene su aliento para atraer a sus víctimas. Todos nuestros autores se esfuerzan por enfatizar esta cualidad extraordinaria. Y para ello recurren a todas las fuentes que están a su disposición.

Santa Gertrudis (1963) hilvana una serie de microrelatos con el fin de mostrar la maravillosa “virtud atrayente” del buío:

Es animal anfibio, y sale a tierra, y es voz común que atrae con el aliento a los animales y se los come, y a la gente también, y dicen que es tan activo su aliento y violento, que si uno se agarra de un árbol, atraía al tal y al árbol, arrancándolo de raíz. Esto, aunque posible, es difícil de creer, porque al mismo tiempo dicen también que su aliento embriaga al viviente contra quien se despidе. Pero semejante efecto y violencia se describe del aliento del basilisco. Dicen también que en cortando el aire, ahí para su actividad y violencia (t. I, pp. 53-54).

Contome también un chapetón llamado don Pedro de la Peña Montañés, estando en Quito, que en estas Pampas de Buenos Aires se cría una culebrita muy chica, y ésta se sustenta de pajaritos, y que de trecho de unos cincuenta pasos las para de tal suerte que no pueden huir, sino que están temblando con un graznido triste, hasta que llega esta culebra y hace presa en ella. Y si pasa cerca el avecilla volando, la para también y la hace caer y se la come. Y hay experiencia de haber sucedido lo mismo con alguna criatura. He leído lo mismo del basilisco. Así lo dice Solino, capítulo 40, con estas palabras: *Etiā corrumpit auras, ita ut in aërem nulla alitun impune transvolet*, y Laureto. *Verbo Basiliscus. quoque aërem alitu inficit* (t. I, p. 299).

El misionero manifiesta sus dudas, pero acude a una leyenda mucho más antigua, aumentada sin cesar por distintos autores o personas de “confianza y autoridad”. Se trata de

los relatos que describen a un animal que ha salido directamente del bestiario medieval: el basilisco. Descrito como un híbrido entre ave y serpiente, tiene la facultad de matar a sus víctimas con la mirada y el aliento: “El basilisco es llamado en latín *regulus*, porque es el rey de las serpientes, que huyen en cuanto lo ven, pues las mata con el aliento. Si ve un hombre, lo mata. Ninguna ave voladora escapa si ve al basilisco, pues, incluso desde muy lejos, es quemada por el fuego de su boca” (Malaxecheverría, 1983, p. 205).

Aquí la figura central es la Simpatía y Antipatía. De una parte, la simpatía permite que el efecto a distancia del aliento y de la mirada de la serpiente actúe sobre sus víctimas. De la otra, la antipatía, tanto en los relatos del bestiario medieval como en los que consideramos aquí, hace posible que dicho efecto se vea detenido: mientras que el religioso habla de “cortar el aire”, el bestiario recurre a un recipiente de vidrio como un artificio para obtener el mismo efecto.

Vibración de efluvios malignos, espíritus animales y horror vacui

En Gumilla, el “vaho ponzoñoso” e infeccioso de la boa también encuentra eco en innumerables relatos, los cuales narran las experiencias con serpientes que de una u otra forma atraen a distancia a sus víctimas gracias a la Simpatía. Estamos de nuevo frente al basilisco, recreado de forma indefinida. En Europa, personajes tales como obispos y sabios de la época fueron testigos oculares del extraordinario efecto en los jardines de sus prestigiosas instituciones: “El que no crezcan hasta la desmedida magnitud de las del Orinoco proviene de lo muy poblado que están estos países, y de lo muy despoblado de aquéllos; acá no falta quien las mate antes que pasen a monstruos; y allá cuando se dejan ver, ya lo son”(Gumilla, 1963, p. 380). Así pues, operando con la Semejanza en la Diferencia y, agregándole la convergencia de tales testigos y lugares, se dan las condiciones más propicias para afirmar la existencia de las mencionadas serpientes. Además, el religioso quiere ir más lejos y se propone explicar las “causas” de la “virtud atrayente” del animal, para lo cual recurre a la Filosofía Natural:

Supuesto que se procede bien arguyendo asimili, inquiriendo unos efectos a la vista de otros, conjeturando las causas de unos y de otros, guiándonos por la similitud de ellos, no debe despreciarse en la Filosofía Natural la argumentación a contrariis, careando entre si causas y efectos, contrarios, para divisar, aunque a lo lejos, las raíces heterogéneas de ellos; y esta es una de las veredas que se pueden tomar, para buscar la raíz incógnita de un efecto tal cual es la atracción actual del buío, dónde reside y en qué consiste esta virtud atrayente (Gumilla, 1963, pp. 390-391).

El “examen” comienza por mostrar la existencia de los efluvios: “negocio de hecho, y tan ordinario, que no hay para que insistir en ello” (Gumilla, 1963, pp. 385-386). La larga lista, que va desde los que se desprenden de los vivientes hasta los que emanan del imán, forma la primera parte del silogismo que le permite relacionarla con el vaho ponzoñoso de la boa y su efecto:

De lo dicho formo un epílogo en este entimema: los efluvios de algunas cosas insensibles, los de los árboles aromáticos y aromas, los de las hierbas y árboles nocivos, se extienden y efectivamente obran a mucha distancia; luego los efluvios corruptos y malignos que arroja el culebrón buío aturden e inficionan a los animales. A lo menos, la posibilidad de esto nadie me lo podrá negar (Gumilla, 1963, pp. 385-386).

¿Cómo actúan a distancia dichos efluvios? Para responder a esto, se vale del imán. Este objeto inanimado tiene la “virtud” de atraer otros metales tales como el hierro y el acero, a los que además transmite sus virtudes. Y este fenómeno físico se explica, a su vez, con otro tomado de los conocimientos de la fisiología de la época:

Supongo que nadie cuestiona ni duda de la existencia de innumerables *poros* por donde los cuerpos de los vivientes y los insensibles exhalan cantidad de efluvios, ya saludables, ya nocivos; ni la velocidad y facilidad con que, vibrados éstos, corren con el aire y se introducen por los poros de otros cuerpos, con notables efectos ya favorables, ya dañosos, según la variedad de sus cualidades y la diversa disposición de los cuerpos en que se introducen (Gumilla, 1963, pp. 385-386. El énfasis es nuestro).

Fue muy común, antes y durante el siglo XVIII, que los fenómenos físicos se explicaran a través de los fenómenos biológicos. Así, el magnetismo encontraba su explicación en el momento en que le fueron incorporados poros al imán, los cuales cumplían de forma análoga las mismas funciones que en los seres vivos; así, por ejemplo:

Fuss fabrica los mejores imanes de la época, explica todos los “diferentes juegos del magnetismo” por los movimientos de un fluido “a través de los poros del imán” que se concibe unánimemente formado por tubos contiguos, paralelos y erizados; como lo están las venas y los vasos linfáticos y otros conductos destinados a la circulación de los humores en la economía animal, y por pequeños pelos o válvulas que, inclinadas en el mismo sentido, dejan libre paso al fluido que se insinúa en los poros siguiendo la misma dirección, mientras impiden todo movimiento en dirección opuesta (Bachelard, 1972, p. 192).

Así pues, lo que le permite al misionero desatar el “nudo gordiano” con el silogismo alrededor de la boa, que confecciona haciendo proliferar las analogías, es precisamente el

que los efluvios puedan entrar y salir a través de los poros tanto de seres animados como de los inanimados. Aquí vemos pues funcionando en toda su extensión *la noción de poro*:

Mediante esta noción, particularmente especiosa, se llega sin dificultad a conciliar los contrarios. Una puerta debe estar abierta o cerrada. Pero un poro está abierto para unos y al mismo tiempo está cerrado para otros. Hay poros específicos para materias específicas. La imagen está lista para funcionar en ambos sentidos, como la imagen de la esponja, para absorber o para filtrar (Bachelard, 1972, p. 94).

Luego de dar un rodeo por las plantas para explicar cómo actúa, a través de la Simpatía, el influjo del sol en su fisiología: “su calor abre los poros, dilata las fibras y la mutua comunicación de los ventrículos o células; por lo cual corren con mayor abundancia y más facilidad los fluidos que extraídos por las raíces circulan por todo el árbol, repartiéndole vigor con tanta mayor abundancia cuanto más fácil hallan los fluidos el tránsito” (Gumilla, 1963, pp. 390-391), el autor completa su razonamiento, *argumento a contrariis* (que no es otra cosa que la Antipatía), introduciendo la noción cartesiana de *los espíritus animales*¹¹:

Séame licito ahora filosofar de este modo. El sol con sus influjos es el atrayente que llama para sí la inmóvil e insensible planta todo cuanto ella puede dar de sí; luego, por los términos contrarios el fatal bufo es el atrayente que, trastornando con la malignidad de sus efluvios el curso natural de *los espíritus animales* del paciente, y trabucada ya su natural conducta, le impelen (contra toda su inclinación) a un movimiento contrario, hacia su ruina, y pestíferas fauces del bufo atrayente (Gumilla, 1963, p. 391).

De otro lado, para tratar de explicar la enorme fuerza atrayente que requiere el vaho del animal para lograr su cometido, así como la posibilidad de impedirselo, Gumilla construye otras analogías con la ayuda de la descripción de un fenómeno atmosférico y

38 | 11 “Los espíritus animales son la parte más sutil de la sangre, cuerpo fluido movido muy rápidamente a través del organismo; son ellos quienes, fluyendo incesantemente de las arterias hacia los nervios y los músculos, a través del cerebro, mueven toda la máquina corporal. La composición de los espíritus es la de la sangre, tan variable como puede ser la de la sangre. Su naturaleza física es la del viento o la de la llama. Son sangre que ha perdido forma. Por consiguiente, sin duda alguna, los espíritus animales ‘no son más que cuerpos’, son la causa del movimiento de los miembros solamente porque su propio movimiento se hace ‘siguiendo las leyes de la naturaleza’ por fuera de toda potencia o inclinación propia. Si Descartes los compara con la llama es solamente para dar alguna idea de su tenuidad y de la velocidad de su movimiento” (Canguilhem, 1992c, p.30).

la manera como funciona una bomba de agua; los que a su vez tienen como explicación común el *horror vacui* de Aristóteles y Plutarco. Además, para reforzar estos argumentos, el misionero introduce en este punto la noción de *sutilidad*, la cual siempre operó como un símbolo de poder para explicar toda clase de fenómenos físicos y fisiológicos¹². Notamos que esta noción encaja perfectamente aquí: tanto el buío, como la manga y la bomba, deben su “fuerza atrayente” al aire sutilizado e invisible que, de manera misteriosa, cada uno genera:

Según este diseño, puede el curioso filosofar acerca de la virtud atrayente del buío, guardando la debida proporción, y figurarse (sin juicio temerario) que de las fauces del culebrón sale un turbillón de efluvios malignos, cuyo centro, después que ha inficionado al paciente, vuelve con fuerza hacia la fuente de donde dimanó, que es el buío, atrayendo la presa al modo que la manga dicha atrae el agua; pensamiento que se confirma viendo que así como el único remedio de los navegantes es romper a cañonazos el aire, y con él la columna que formó el remolino, así en las Américas, y en los demás países que arriba insinué, no han hallado otro remedio que romper el aire intermedio que hay entre el buío y el paciente; de lo que se infiere (aunque no se vea) que en dicho aire está el turbillón o remolino de efluvios venenosos y en su centro la virtud atrayente. Ni parecerá mal si alguno quisiere considerar la virtud atrayente de este venenoso turbillón del buío con la similitud de la bomba aspirante y atrayente en cuyo movimiento se extrae el agua de la sentina y fondo de los navíos, arrebataada contra todo su peso e inclinación natural hacia lo alto del navío, sin que hallemos otra razón que dar en esta maniobra sino decir que sube el agua y deja violentamente su centro para evitar el vacuo que (por más experimentos que se añadan) lo tiene la naturaleza desterrado a los espacios imaginarios (Gumilla, 1963, pp. 392-393).

Como podemos observar, aquí todo es causa de todo y, como el mismo misionero lo enuncia, en términos de algo que le podrían oponer, un “arcano” trata de explicar otro, o más bien, “un milagro quiere ser probado con otro”. Gumilla quiere razonar a la manera de los sabios naturalistas de la época para explicar el maravilloso fenómeno que ha tejido la leyenda. La misma que se amplía con comentarios que provienen de la información que cualquier lector de obras de divulgación científica podía obtener, como por ejemplo, los diccionarios de historia natural. Sin embargo, reconoce sus límites: “pero por no desviarme mucho de la *parte historial*, a quien sirve de adorno la natural y geográfica, y principalmente porque no hallo fondo en mi corto caudal para fundar opinión, concluiré apuntando a una clarísima solución, dejando la disputa para plumas más experimentadas que la mía” (Gumilla, 1963, p. 389). Así, todos sus esfuerzos van a parar a

|39

12 Ver: Bachelard, 1972, p. 127.

los lugares comunes del sermón dominical, pero esta vez inspirado en la estructura del bestiario cristiano; el cual describía el animal para luego pasar a traducir los signos que sus partes, así como sus hábitos (*costumbres*), le sirven de enseñanza moral al creyente:

No pierde el hombre atraído del buío su juicio, según lo declaran muchos que se han visto tirados del vaho de aquella boca; pero ¡que congoja, que sudores fríos, que angustias fatales no sofocarán el ánimo del pobre que contra su voluntad se ve llevar a la tremenda boca de aquella bestia carnífera e insaciable monstruo! Gran similitud es la de este apretado lance, para que abran los ojos, suden y se acongojen los que, halagados de la serpiente infernal, se dejan llevar de su vaho y atractivo, sin reparar que el paradero es la boca de un infierno inacabable, que ya tiene abierta su garganta para tragarlos sin remedio (Gumilla, 1963, p. 378).

5. Insectos

En un primer acercamiento, nos encontramos con una valoración negativa de los insectos como especies dañinas. Gumilla no hace otra cosa que actualizar lo que ya decía el autor de *Las Etimologías* cuando se refiere a los mosquitos como “la tercera plaga con que fue azotado el soberbio pueblo de los egipcios”(de Sevilla, 1982, t. II, p. 123):

Las plagas que el poder de Dios multiplicó en Egipto para castigar el endurecido corazón del bárbaro Faraón, de sus crueles ministros y de todos los ciegos idólatras de aquel reino, creo que son menos en número que las que la justicia divina ha enviado a las vertientes del gran río Orinoco y a las vegas de los muchos grandes ríos que le tributan sus caudales para azote y castigo del bárbaro modo de proceder de sus moradores (Gumilla, 1963, p. 375).

Y es tal la magnitud de la plaga, que son válidos todos los medios para defenderse de ésta:

No parece que se deban usar los exorcismos sino en casos de extraordinario mal. Los *cramaru* [hormigas], como muchos otros insectos son en el Orinoco una plaga ordinaria. Pero crecieron un año hasta tal punto que, habiéndose convertido casi toda mi casa en hormigas, pensé no ser temeridad ni prohibido por las costumbres eclesiásticas, servirme de tal medio. De él se siguió en efecto sino una liberación total, al menos un alivio bastante grande, pues se fueron o murieron muchas de las molestas hormigas *cramaru* (Gilij, 1965, p. 235).

No obstante, son precisamente los teólogos quienes intentan darle un lugar importante a los insectos en el orden de la creación. Así pues, todo aquel que se ocupe de alabar las maravillas de la naturaleza deberá dirigir su mirada hacia estos pequeños seres:

No hay nada en la naturaleza, tan abyecto que parezca, que no sea una maravilla a los ojos del quien se aplica a conocerlo. Lejos de ser indigno del hombre, esta aplicación le es por el contrario

útil y necesaria, puesto que ella le provee tantas ocasiones de alabar a su Creador, que encuentra los objetos que le pertenecen [...]. Muchas personas antes que yo han reconocido las marcas visibles del poder y de la infinita sabiduría del ser que preside el universo [...]. San Jerónimo no es menos expresivo. “No es únicamente en la creación del cielo, de la tierra, del sol, del mar, de los elefantes, de los camellos, de los caballos, de los bueyes, de los leopardos, de los osos y de los leones que el Creador se ha hecho admirable. Me parece menos grande en la producción de sus pequeños animales; tales como las hormigas, las moscas, los mosquitos, los gusanillos, y los otros insectos que conocemos mejor de vista que de nombre. La misma habilidad y la misma sabiduría se destacan en todo” (Lesser, 1745, pp. 1-7. Traducción personal).

La generación espontánea y la metamorfosis

Escribe Gilij (1965, t. I, p. 243):

Los mosquitos de que he hablado hasta ahora son nocturnos. Para aumento de penas, los hay también diurnos. Son de dos especies. Unos son de matorrales y se llaman en tamanaco riváu. Estos también son negros pero parecen más pequeños. Otros son de prado, su color es verdoso. Pero aunque distintos en esto, su picadura es igualísima. Estos verdosos se ven en el invierno cuando florece la hierba silvestre de los prados. No sé que simpatía hay entre ellos por las flores del maíz, y cuando éstas salen crece inmensamente toda clase de mosquitos.

Más difíciles de describir en sus formas debido al tamaño y “habilidad” en sus movimientos, los insectos se perciben por doquier como una masa que surge gracias a la generación espontánea¹³. Y para que esto suceda, basta con que la humedad y el calor se combinen en las tierras anegadizas, así como en las más variadas sustancias y humores:

13 Recordemos que desde Aristóteles se aceptaba la generación espontánea de los insectos: “Pero es que, incluso en la propia naturaleza, nos dice Isidoro, muchos cuerpos experimentan una mutación y, al corromperse, se transforman en especies distintas: así, de la putrefacción de las carnes de los becerros surgen las abejas; lo mismo que de la de los caballos nacen los escarabajos; de la de los mulos, las langostas; de la de los cangrejos, los escorpiones.” (de Sevilla, 1982, t. II, p. 55). De cierta manera, el ingenioso médico Rabelais mezclaba la ironía y la burla para referirse al mito de Aristeo, quien les habría enseñado a los hombres la ganadería y la apicultura, esta última con la obtención de enjambres de abejas para hacer colmenas, tal como nos lo cuenta Isidoro: “Y levantándose, echóse un pedo, dio un salto y silbó, gritando alegremente con estentórea voz: -¡Viva siempre Pantagruel!- Viendo esto, Pantagruel quiso imitarle; pero del pedo que echó tembló la tierra hasta nueve leguas a la redonda y del aire corrupto engendraronse más de cincuenta y tres mil hombrecitos, enanos y contrahechos, y de un follón que hizo salieron tantas mujercitas pequeñajas, como se ven en muchos lugares, que no crecen jamás, sino que, como las colas de las vacas lo hacen hacia abajo [...] -¡Y bien! -dijo Panurgo-, ¿tan fructíferos son vuestros pedos? Por Dios, he aquí buenas chancletas de hombres y buenos zullones de mujeres; hay que casarlos, que engendrarán *moscas bovinas*”. (Rabelais, (1983), p. 478-479. El énfasis es nuestro) Sin embargo, habrá que esperar hasta el siglo XVII para que la generación espontánea comience a “desvanecerse”: “Las observaciones de Swammerdan y de Malpighi revelan las metamorfosis del gusano de seda, del grillo, del escarabajo y de la mariposa. Todo esto concuerda mal

El árbol que llaman caucho es común en las tierras cálidas, y también se halla en las tierras frías [...]. El agua de las hojas cocidas al fuego, bebida, es remedio para la hidropesía; *las frutillas que lleva son coloradas en forma de avellana, y la médula se convierte en mosquitos, que llaman jejenes, tan pequeños, que se pierden de vista. Son unos átomos picantes, y tan ardientes, que dan gran molestia a los que viven en las tierras cálidas, si en sus contornos se hallan cauchos* (Zamora, 1980, t. I, p. 122. El énfasis es nuestro).

La referencia al nacimiento de algunos insectos por medio de huevos, nos haría pensar que nuestros misioneros se apartan de la generación espontánea. Sin embargo, sus apreciaciones al respecto se presentan siempre de manera ambigua. De este modo, se encuentran en la misma posición que Isidoro, para el cual los gusanos se formaban de la madera o de otras materias, “no obstante, en ocasiones nacen también de huevos, como el escorpión” (de Sevilla, 1982, p. 91). Veamos lo que nos dice Gilij (1965), el cual también utiliza nociones tales como fecundación y metamorfosis para hablar de los insectos que tenían una relación directa con los indígenas:

Una vez sacadas estas niguas no se tiran al suelo, ni las dejan incautamente en las chozas, sino que las aplastan enseguida con sus huevos o las echan enseguida en el fuego. Porque si se dejan sin aplastar o quemar, los huevos se abren en corto tiempo, y en vez de una que se saca resurgen a muchas decenas de los huevos. En los negros que abandonan en poder de estos insectos sus carnes, imagino yo de las niguas una continua transformación de niguas en gusanos, de gusanos en niguas, salvo las que saltan fuera. Si penetran fecundadas en la carne, si entran sólo las hembras o también los machos, o si son todos hermafroditas, ¿quién podrá decirlo? (p. 240).

La planta-insecto

Estamos más bien en el campo de las infinitas transformaciones de unos seres en otros, tal como nos lo relata Ovidio en *Las metamorfosis*. Se sabe que los reinos están hechos

con la formación de los gusanos o de las moscas por el calor de la fermentación de la carne. Pero si en el siglo XVII es posible excluir la generación espontánea de los insectos, es porque la experimentación necesaria sólo pone en juego el movimiento, el del aire y el de los seres vivos. Basta con depositar carne en un frasco herméticamente cerrado para que no pueda descomponerse ni originar moscas. En lo que respecta a la idea que lo llevó a hacer dicha experiencia, Francesco Redi, en su libro sobre la generación, la atribuye a la lectura de Homero. Si la putrefacción de la carne es suficiente para engendrar insectos, exclama Redi, ¿por qué, en el canto XIX de *La Iliada*, Aquiles teme tanto que el cuerpo de Patroclo se convierta en presa de la moscas? ¿por qué le pide a Tetis que preserve el cuerpo de los insectos que pueden originar gusanos y corromper así las carnes del muerto? La experiencia muestra que los temores de Aquiles eran justificados”. Jacob, 1988, p. 53. Véase también Albert, J-P. (1989) La Colmena de Aristóteles: ciencia, filosofía, mitología. *L'Homme XXIX* (2) pp. 94-116.

de los mismos elementos y de su combinación. De tal manera que las fronteras entre los reinos se pueden borrar para dar paso a los más extraños nacimientos (véase infra, “Los inter-reinos”, capítulo II). El padre Santa Gertrudis tuvo la suerte de ver y palpar un singular nacimiento de mariposas:

Y advierto que el guayabo da una flor blanca; pero cuando cae a las veinticuatro horas ya son sus cuatro hojas cuatro mariposas. Yo he tenido una en la mano, que ya caminaba como mariposa, y todavía sus alas eran hojas, todavía no se habían vuelto alas. La aseguré, y en cosa de una hora se despegó la hoja, y se dividió de por medio en cuatro alas y se voló ya perfecta mariposa (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, pp. 119-120).

La planta ha engendrado al insecto, pero puede ocurrir que el nacimiento se realice de manera inversa, como en el siguiente texto donde el insecto se vuelve la semilla de un gran árbol:

Estas transformaciones no son de cierta manera increíbles a los sabios, pero he aquí otra acerca de la cual dejaré el juicio a los naturalistas. El árbol caracolí se petrifica también si cae o se pone en el agua. Y no hay que extrañarse de eso. ¿Pero cómo extrañaría oír que dicho árbol cuando ha caído al agua y se transforma en piedra, no tiene como origen una semilla sino un animalito? Y sin embargo, de esta maravilla de la cual yo a propósito omití hablar en mi Orinoco por haberla oído sólo de los indios, ahora diré que dejando a un lado muchos otros, tengo como testigos a dos graves sujetos que en su viaje a través de la provincia de Neiva, al llegar a un río cerca de la ciudad tuvieron la oportunidad de ver con sus propios ojos tal maravilla. He aquí el informe que me da uno de ellos que vive todavía: “paso a tratar, así escribe con fecha 28 de Enero de 1777, de un prodigioso insecto que yo vi con la atención [...]. En uno de los bosques de esta provincia encontré un mosco tan grande como las cucarachas que se había arraigado en tierra, y vi que de su cabeza surgía una plantita de tronco y ramas purpurinas como el coral. Esta plantita ya había crecido cerca de medio palmo, y yo por la admiración que me causó, junto con el padre Rivas compañero mío [...] preguntando allá [en Neiva] acerca de lo que nos había pasado en el camino, se nos contestó que era cosa allá conocida, que ese arbolito se forma de la cabeza de dicho insecto y llega a crecer alto y con ramas como una encina”(Gilij, 1965, t. IV, p. 190).

6. Los pilosos

[El padre Antonio Ruiz de Montoya] se recogió a orar una noche, como acostumbraba, y arrebatado el espíritu se halló en un espacioso llano, en donde tres jesuitas, vestidos de blanco y de muy venerable aspecto, guiaban una piara de animales de cerda, no sin dificultad y mucho afán; el cual se duplicó al querer introducirlos con maña en la iglesia a la que los conducían y aunque no sin fatiga y sudor de los pastores, al fin entró todo aquel ganado, y luego, los tres padres que los pas-

toreaban. Entró también el venerable padre Montoya. ¡Y aquí fue la admiración! porque en lugar de aquellos animales inmundos que había visto entrar, halló la iglesia llena de indios, puestos de rodillas hacia el sitio donde de ordinario está el altar mayor; levantó los ojos para ver el tabernáculo, y sólo vio en su lugar un letrero grande con las palabras de Padre salmista Rey: *Homines et jumenta salvabis*. Domine. Salvarás, Señor, a los hombres y a los jumentos. Luego volvió en sí del rapto con plena inteligencia del misterio, y trabajó tanto en reducir aquellas naciones cuanto se puede ver en su Vida admirable, que anda *impresa*. (Gumilla, 1963, p. 278).

No es inútil comenzar por recordar que el tema de los hombres salvajes o monstruos mitad humano, mitad animal, es de vieja data. Las leyendas sobre éstos se insertan en una larga tradición que se desprende desde la Antigüedad. Así, Aristóteles decía “que monos, babuínos y cinocéfalos son de naturaleza tal que “tienen algo a la vez del hombre y de los cuadrúpedos”. Son así seres situados en los límites de las dos “naturalezas”, y se les puede clasificar en la categoría intermedia de “hombres salvajes” (Kappler, 1986, p. 182).

Avanzando un poco más en las fechas, uno de los hombres salvajes más conocidos gracias a las obras “científicas” del siglo XVI, aparece en el *Itinerarium Hierosolymitarum* de Bernhard de Breydenbach,

Se trata de un grabado con diversos animales, curiosos o monstruosos; el hombre salvaje no ocupa aquí sino un modesto lugar, en la esquina inferior derecha, y más modesta es aún la leyenda que lo acompaña: *non constat de nomine* (“no consta el nombre”). Este ser sin nombre es una mujer de largos cabellos, velluda, dotada de una larga cola. Se trata de una especie de pitecántropo cuyo rostro aparece desprovisto de pelo, al igual que las palmas de las manos (Kappler, 1986, p. 183).

Los relatos que aumentan la leyenda sobre el hombre salvaje se multiplican a medida que los viajes a Asia, África y América son más frecuentes. Desde Marco Polo a Colón, pasando por una larga lista de nombres de viajeros y cronistas, las descripciones o los intentos de actualizar antiguas o recientes leyendas sobre hombres salvajes (hombres con rabo, o velludos) se hacen cada vez más comunes.

44 | En cuanto a aquellas descripciones que, por así decirlo, surgen de lo que los viajeros encuentran a la vista, nos dice Kappler (1986) que en la mayoría de los casos se trataba de monos de diversas especies y agrega que “tanto para los antiguos como para el hombre medieval resulta difícil trazar una frontera clara entre el ser humano y ese animal evolucionado que es el mono. El cual, en efecto, se comporta a menudo como el hombre; es su imitador más cercano” (p. 181).

Proliferan los ejemplos en lo que respecta al intento de actualizar las leyendas o los mitos que provienen de la Antigüedad o de otros viajeros, pues sabemos la importancia que tenían los relatos de “oídas”, sobre todo si éstos habían sido escritos por personas con cierto poder, lo que de manera automática los convertía en verdaderas *autorictatem*: “Entre las islas que Colón hubiera querido visitar, ‘una de ellas se llama Aván, y es en ella donde nacen los hombres con rabo’. Para Colón, estas islas inexploradas figuran entre otras que suponen otras tantas visitas fallidas: es donde habitan los cinocéfalos, los cíclopes, las mujeres solas (esas ‘amazonas’ que no tienen nombre)” (Kappler, 1986, p. 184).

La figura del hombre salvaje es el producto no solo de la multiplicidad de las formas con las cuales aparece representado en grabados y pinturas, o descrito en los relatos, sino además de la descripción minuciosa que se hace de sus costumbres, de su comportamiento, motivo por el cual siempre fue considerado como una *bestia*. Y las razones son por lo tanto bien explícitas: el lugar donde habita (cavernas, bosques, desiertos, etc.); no poseen una organización social o religiosa (lo que salta a la vista cuando se trata del hombre salvaje considerado como monstruo); pero, por supuesto, esta razón también se aplica a los hombres salvajes por oposición a los civilizados: la alimentación, aunque pueden ser vegetarianos, la carne cruda o en el peor de los casos el canibalismo, son una constante¹⁴.

Pero vamos a nuestros cronistas misioneros. Como pilosos son descritos por estos buenos curas unas especies de monstruos u hombres salvajes. Hemos visto, aunque de forma rápida, que su leyenda es muy antigua y que, por lo tanto, han cumplido diferentes funciones culturales a través de las épocas. ¿Cómo se amplía y actualiza aquí dicha leyenda? ¿Qué función específica cumplían los pilosos, ya sea considerados como monstruos o como hombres salvajes? Veamos algunos relatos y tratemos de describir en qué consistía su papel en medio de la leyenda.

Comencemos con este relato de Santa Gertrudis (1956), escrito a comienzos del siglo XVIII:

Contóme también este Fr. lego que al principio, yendo con el padre Fr. Juan Mateo registrando aquellas tierras por el monte, que un día habían encontrado *un monstruo, de medio cuerpo para arriba criatura, y de medio cuerpo para abajo como fiera y con vello*. El todavía era guagua, [niño pequeño] y tan guagua, que aun no se podía aguantar en pie, y que ya tenía siete cuartas de largo. Ellos

14 Los ejemplos abundan para cada caso durante la Edad Media y el Renacimiento. Cf. Kappler, 1986, p. 179-186.

lo despertaron, y se fueron saliendo a toda prisa de aquel paraje, temerosos que si su madre salía en busca suya, los podía acometer y dañar. *Estoy dudoso si lo bautizaron primero o no, que subconditione, supuesto que la parte superior tenía forma humana, bien se podía.* A estos monstruos llaman por allá pilosos unos, y a los otros los llaman alarbes. Esta especie tenía yo de antemano, porque los arrieros que de la ciudad de la Plata, después que yo y mi compañero el padre Fr. Antonio Urrea acabamos la misión, nos condujeron a Popayán, como en su lugar llevo referido preguntándoles si en el páramo de Guanacas vivían algunas *naciones de indios bárbaros*, nos dijeron que no, porque a más de ser lugar tan rígido, había pilosos. Yo inquiriendo esta especie, vine a sacar que eran unos monstruos como el referido, y que crecían tres veces más que la estatura de un hombre; y que de medio cuerpo para abajo eran muy vellosos. Contaron que algunas veces había destrozado algunos arrieros en este camino. Yo por entonces lo tuve por fábula. Y aunque en Popayán insinuando yo la especie, me insinuaron que era verdad, todavía no lo acababa de creer, hasta que éste luego me refirió lo que ya dije, y como *testigo de vista. Que hay tales monstruos lo afirma el profeta Isaias por estas palabras: Isay. Cap. 13. V. 21. Et habitabunt ibistruthiones; et pilosi saltabunt ibi. Y habitarán allí avestruces, y los pilosos saltarán allí. Con que consta de la Escritura que los hay* (t. I, pp. 146-147. El énfasis es nuestro).

La descripción de los pilosos en su figura y en su comportamiento se logra gracias a un cúmulo de declaraciones de testigos, las cuales aumentan aun más la leyenda. Ésta actualiza las palabras del profeta en las Sagradas Escrituras y el paso de la fábula a la realidad de la existencia de tales seres se hace posible.

Sin lugar a dudas, lo que este monstruo está destinado a *mostrar* aquí es el extremo de la *barbarie* que él encarna. Así como el inhóspito páramo mencionado en el relato, que solo puede ser refugio para tales criaturas. Ahora bien, el indígena también es descrito como un monstruo, como aparece en este retrato que de él hace Gumilla, donde pecados capitales y vicios se simbolizan y aparecen en sus respectivas sedes para dibujar su figura:

El indio en general (hablo de los que habitan las selvas y de los que empiezan a domesticarse) es ciertamente hombre; pero su falta de cultivo le ha desfigurado tanto lo racional, que en el sentido moral me atrevo a decir que el *indio bárbaro y silvestre es un monstruo nunca visto*, que tiene cabeza de ignorancia, corazón de ingratitud, pecho de inconstancia, espaldas de pereza, pies de miedo, y su vientre para beber y su inclinación para embriagarse son dos abismos sin fin [...] No tienen otra idea que la de las bestias, que es comer, beber, multiplicarse y resguardarse de lo que aprehenden como dañoso y perjudicial. Esta y no otra es la vida de aquellos hombres silvestres (Gumilla, 1963, pp. 103-107. El énfasis es nuestro).

Para decirlo de una vez, tal caracterización tiene como función ubicar al indígena en una especie de zona intermedia entre el piloso (monstruo con características humanas) y el hombre bautizado y domesticado. El piloso es un monstruo híbrido: “mitad criatura y

mitad fiera”. Si la parte superior de dicha criatura es humana y si los humanos provienen de Adán, tienen alma racional y son mortales, en consecuencia ésta se puede bautizar ¿y a que otra cosa se viene a América como misionero?

Recordemos que la historia moral, que es la narración de las costumbres en general (incluyendo mitos y ritos) de los indígenas, sólo toma en cuenta como objetos de esta historia a todos aquellos que han recibido el bautismo, o que se preparan para ello. En otras palabras, la historia moral comprenderá a todas las criaturas humanas que estén bajo las leyes de Dios, a diferencia de la historia natural que se ocuparía de lo que está por fuera de estas leyes divinas. Así, tanto los indígenas como los pilosos serán considerados, en tanto no hayan sido bautizados, como pertenecientes a la historia natural.

Pero es necesario aclarar que la diferencia es solo aparente, porque las fronteras entre una y otra historia se borran, en el preciso momento en que se moraliza la naturaleza o viceversa; todas las criaturas fueron creadas por Dios, incluyendo a este hombre salvaje considerado como monstruo. Este problema teológico se remonta a San Agustín quien se ocupó de los monstruos humanos y a través de los cuales

Se propone invitar enérgicamente al fiel cristiano a no poner en duda los correctos fundamentos y la perfección de la Creación en su totalidad: quien, ante la monstruosidad, considera que se ha producido un *error* del Creador, demuestra tener un espíritu estrecho; en efecto, no siendo capaz sino de ver un aspecto muy limitado del universo, no puede comprender la razón de aquello que le sorprende (Kappler, 1986, p. 239-239).

Pero hay más. En un artículo sobre Gilij como “geógrafo”, Pedro Cunill Grau (1989, p. 28) hace alusión a la descripción del misionero sobre el hombre salvaje y se refiere a ésta como el producto de sus “aprehensiones pueriles” y de sus “licencias literarias”. De este modo, la función que el hombre salvaje realiza en el relato de Gilij se ve reducida y oscurecida. Por el contrario, creemos que el texto que presentamos enseguida es lo bastante rico en contenidos culturales, para continuar con la reconstrucción de lo que en su momento significaba la figura de este *animal bípedo*, como lo llama el cronista:

Pero hablemos ya de un *animal bípedo* sobre cuya rareza no tendré que disputar nada con quien se digne conceder alguna atención a mis relatos. No soy el primero en presentarlo. El excelente M. Bomare habla también difusamente de él, [en el artículo “Homme Sauvage”, tomo III del *Dictionnaire d’Histoire Naturelle*] y pueden verse en su diccionario lindas noticias de este bípedo.

He aquí ahora las mías. Se encuentran en las grandes sabanas del Orinoco, como todos discuten en aquellos lugares, ciertas *fierras* que, salvo pequeñas cosas, se parecen al hombre. Estos animales, que nosotros llamaremos el salvaje, se llaman en tamanaco achi. *De figura en todo lo restante humana, el salvaje no se diferencia más que en los pies, cuyas puntas están naturalmente vueltas hacia atrás, como por astuto artificio de Caco lo fueron antaño las huellas de los bueyes por él robados.* Parece por eso que el salvaje se aleja cuando viene más bien hacia los viajeros. *Es todo peludo de cabeza a pies, sumamente libidinoso, y rapta si se le antoja a las mujeres* (Gilij, 1965, p. 224. El énfasis es nuestro).

Gilij continúa con el relato de una mujer que fue raptada por uno de estos hombres salvajes, la cual permaneció con éste por varios años, hasta que fue rescatada por los españoles:

Que aquella bestia no le daba permiso de bajar de la choza que le había edificado en lo alto del árbol, que nada le faltaba para la comida, de la que era proveída abundantemente por el salvaje suyo robando gallinas, terneras o los demás que a él le gustaba, *pero que le disgustaba estar a modo de fiera sin sacramentos y sin humano trato habitando en aquel sitio.* Rogóle en fin que a tal hora del día (y la señaló) en que solía irse de caza el salvaje, viniera con gente armada a sacarla de tantas penas. Este relato, apoyado en la autoridad de tan honorable señor [Don Juan Ignacio Sánchez, persona honradísima, y uno de los señores principales de la tierra de San Carlos en los llanos de Caracas], no halló ninguna persona, entre tantas que estaban entonces presentes, que dejara de creerlo. Tan conocido de los orinoquenses es el salvaje (p. 224. El énfasis es nuestro).

Como en el caso de Santa Gertrudis, el relato (léase los relatos) de Gilij busca apoyarse, para aumentar su veracidad, en el testimonio de personas “honradas y principales”. Y para esto recurre, aparte de la fuente clásica, al *Dictionnaire* de Valmont de Bomare, una *autorictas* contemporánea. Si leemos el artículo citado, nos damos cuenta que tanto el texto del misionero como el del *Dictionnaire* acuden a las innumerables leyendas que se han tejido para conformar la figura del hombre salvaje.

Así que vamos por partes. Al comienzo del artículo del *Dictionnaire* se hace una descripción detallada del *Homo sylvestris*: que en primer lugar, también es considerado como “una especie de monstruo”. Luego viene su descripción “física y moral”, la cual permite compararlo con los bárbaros de África a los que “se parece mucho en tamaño y figura”; y por supuesto un rasgo para destacar es su bipedia: “camina siempre erguido y sobre dos pies, que dobla como un perro a quien hemos enseñado a danzar”; y al final su fisonomía:

Tiene la piel fuerte, velluda, los ojos hundidos, el aspecto feroz, la cara quemada y aplastada, y todos los rasgos son muy regulares, aunque rudos y engrosados por el sol: se sirve de sus dos

brazos como nosotros: todo su cuerpo está cubierto de una lana blanca, gris o negra; grita como los niños. Estos supuestos hombres salvajes son, dicen, de una natural fuerza tierna, y manifiestan vivamente su afecto y sus transportes por los abrazos; ellos patalean también de gozo o de indignación cuando se les niega lo que desean (Valmont de Bomare, 1800, tomo VII, pp.154-160. Traducción personal).

A pesar de la expresión “supuestos hombres salvajes”, que nos haría pensar en alguna duda sobre la existencia de tales hombres, el artículo, como dice Canguilhem (1996), “rompe el ordenamiento árido de una exposición técnica, en provecho de una relevancia más seductora para la imaginación” (p. 29) y menciona una serie de monografías de naturalistas y relatos de viajeros de la época, las cuales describen encuentros con hombres salvajes, o que simplemente se dedican, a su vez, a reproducir otros relatos sobre el tema: encuentros fortuitos de cazadores u hombres del campo con niños criados por animales tales como los osos, así como su posterior bautizo y educación en importantes cortes europeas, etc.

Así pues, el artículo se convierte en otro vehículo para que la leyenda se extienda, apoyándose incluso en otros, como ocurre con el artículo *Orangután*, en donde se insiste en comparar al hombre con este animal; al que, por lo demás, se le otorgan varias características humanas, entre ellas, el que puedan ser educados y se vuelvan “honestos y cívicos”. No obstante, Valmont de Bomare insiste en una característica que los hace completamente distintos a los hombres, como es la del lenguaje articulado y su “perfectibilidad”. Y de esta manera, el artículo se cierra sin precisar la verdadera naturaleza de los hombres salvajes: “pero es preciso no confundir el verdadero *hombre salvaje* con los grandes simios, u otros animales brutos que tienen alguna semejanza exterior con el hombre por la forma, por los gestos, por la manera de actuar, etc.” (Valmont de Bomare, 1800, tomo VII, p.154-160). A pesar de esto, insiste en la importancia de los distintos testimonios que prueban la existencia de tales hombres.

En lo que respecta a su figura, el hombre salvaje de Gilij posee una singular característica y es la forma de sus pies. La analogía con Caco pone al descubierto su astucia legendaria. Además, dicha analogía puede hacerse extensiva a los indígenas y a

La sutileza con que han inventado arbitrios para huirse, de modo que no sean ni puedan ser seguidos, caminando hacia atrás en las tierras húmedas y en las salidas de los ríos para fingir que vienen, al mismo tiempo que se van; y en las tierras anegadizas, donde por fuerza han de dejar

señal y huella, dejan tantas, entran y salen tantas veces, que dejan confusos y aturridos a los que los siguen (Gumilla, 1963, p. 105).

Así pues, ambos relatos sitúan a los indígenas americanos o a los bárbaros africanos en la zona intermedia que anotábamos más arriba. Estos hombres velludos son el extremo de la barbarie, pero como “monstruos viriles” también lo son de la lujuria, como lo testimonian las leyendas y los mitos de sátiros, faunos, silvanos, etc., presentes desde la Antigüedad y condenados por el cristianismo medieval¹⁵. Tanto el autor del diccionario como Gilij, apuntan a esto con sus ejemplos:

De un temperamento lúbrico, nos dice Valmont de Bomare refiriéndose a los orangutanes, buscan satisfacerse a cada instante; y por defecto de su especie, atacan los individuos que tienen más relación con ellos. Ponen todo a su alcance para realizar la conquista. Los machos son los más emprendedores: apasionados por *las mujeres y las muchachas*, ellos procuran sorprenderlas, las raptan, las llevan a su retiro, las mantienen con ellos, las alimentan muy bien, y les otorgan pequeños cuidados y atenciones. Plenos de ardor, se exceden en su galantería. M. De la Brosse, en su *Voyage á la côte d'Angola*, dice haber conocido a Lowango una negra raptada por los orangutanes, que estuvo tres años con ellos, y siempre fue bien tratada (Valmont de Bomare, 1800, Tomo 7, p. 154-160).

Como se puede observar la única diferencia con el caso de Gilij, es el énfasis que hace este último con respecto a la enseñanza moral que nos puede dejar el rapto: “le disgustaba estar a modo de fiera sin sacramentos y sin humano trato habitando en aquel sitio”.

Hemos descrito hasta aquí la función cultural de los pilosos en la leyenda que los distintos relatos en cuestión hacen posible. Ahora queremos dejar la palabra y, como conclusión de este apartado, a Leroi Gourhan (1971, p. 9), el etnólogo de las profundidades:

Es en efecto el etnocentrismo lo que define mejor la visión precientífica del hombre. En numerosos grupos humanos la palabra que sirve para designar al grupo étnico es: “hombre”. La asimilación de la etnia a una especie de “yo” ideal, reuniendo las cualidades del bien y de lo bello, se conjuga con la tendencia a colocar fuera del mundo familiar a los pueblos monstruosos que materializan, en su aspecto y en sus costumbres, el mal y la fealdad. La misma actitud se aprecia durante el periodo precientífico con respecto al mono, que es el antípoda monstruoso del hombre civilizado. Lo cual explica bastante bien la confusa asimilación a los demonios, de los pueblos desconocidos y de los monos en las estampas geográficas hasta el siglo XVI. Esta actitud se traslada directamente a la antropología en el siglo XVIII, dando nacimiento a la vez a las tentativas de justificación científica de los prejuicios raciales y a la paleontología humana.

15 Véase Kappler, 1986, p. 297.



Capítulo II

las plantas

El árbol, la flor, el fruto, la espiga han sido símbolos motores de lo imaginario, antes que ser objetos teóricos.

Georges Canguilhem

Las descripciones de animales silvestres eran escasas debido a que se tienen menos oportunidades de conocerlos de primera mano o simplemente de estar frente a ellos. Como nos lo señala el cronista:

Toda aquella multitud de venenosos buíos, culebrones, insectos, guacaritos y caimanes, se reconoce aquí epilogada y estrechada en seis o siete pliegos, imprimiendo en la mente, en corto tiempo, un enorme agregado de especies, sobremanera melancólicas, fatales y retrayentes [...] pero es muy fácil de disipar y de desvanecer este melancólico nublado, porque todo este torbellino de especies funestas, que, estrechadas a breves páginas, espanta, no es así allá en sus originales, a causa de no estar ellos juntos y amontonados en un lugar, en una provincia, ni en sólo un reino [...] En unos

países se hallan buíos, pero no hay osos de páramo; en unos hay más, en otros menos culebras y en otros no se hallan; y generalmente es cierto que los insectos y plagas no son generales a todas las provincias... (Gumilla, 1963, pp. 393-394).

Mientras que el animal se mueve, se oculta y huye, la planta permanece inmóvil y a la vista. Como consecuencia de esto, las plantas ocupan un mayor volumen en las descripciones. Por lo tanto, creemos que es necesario hacer una poda aquí y ocuparnos de los ejemplos más significativos para evitar la redundancia.

Frente a la gran masa vegetal que nuestros misioneros “botanófilos”¹⁶ encuentran en sus largos recorridos por selvas y llanuras, así como en los lugares donde establecen sus misiones, la primera actitud es reconocer que se trata de plantas desconocidas y la gran dificultad que presenta para hacer su historia natural. Así, Santa Gertrudis se lamenta de no poder encontrar las marcas que le permitan establecer una semejanza inmediata con las plantas que le eran más familiares: “[h]ay tanta variedad de frutas en aquellos montes, que con la muchedumbre que diariamente me traían los indios, no me pude imponer de sus nombres; y como en España no hay fruta que se les parezca ni en figura, ni en olor, ni en sabor, no me puedo yo explicar, sino en decir en que hay muchas” (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 202)

Y la impresión de Caulín (1966) no se aleja de la anterior:

Siempre me ha parecido poco menos que insuperable, el dar una exacta, y entera relación de la innumerable variedad de árboles y especies de frutas silvestres, que la Divina Providencia ha criado, y perennemente mantiene en estas incultas y dilatadísimas montañas; no da lugar ha investigar tanta variedad de frutas silvestres, árboles, yerbas, y resinas medicinales, que reconocidas dieran mucho en que ejercitar su inteligencia a los aprovechados y peritos en ciencia botánica; sin embargo, para no dejar en esta parte la Historia escasa de tales noticias, daré una breve relación de las cosas que hasta hoy, se hallan descubiertas, para que sea motivo de alabar a nuestro Criador, que adornó con tanta variedad, y hermosura a estos países de América (t. I, p. 44).

16 “La botánica cambia brusca y verdaderamente de rostro: se vuelve una ciencia de la palabra, un diccionario. Hasta entonces era cultivada aún por numerosos empiristas, los botanófilos, los colectores, es decir, para retomar la enumeración de la *Filosofía Botánica* (trad. 1788): “los padres, los comentaristas, los iconógrafos (entendemos los grabadores), los descriptores, los monógrafos, los curiosos, los adonides (es decir, los profesores que muestran en los jardines), los floristas, los viajeros”, sin contar los médicos droguistas, farmacéutas, e incluso los “dietistas” que disciernen por el olor y el sabor los vegetales que podían entrar en el cuerpo humano”. En: Dagognet, F. (1990) *El catálogo de la vida. Estudio metodológico sobre la taxonomía*, Medellín, Colombia: Universidad Nacional. p.29.

A pesar de estas consideraciones, nuestros autores recurren a varias “entradas” para describir las plantas que fueron de su interés, ya sea por su valor de uso o por la singularidad de su aspecto. No encontramos aquí las formas de clasificación renacentistas como las que se hacían según el orden alfabético o por una descripción en detalle de la raíz, el tallo, las hojas o la flor. Estamos más cerca de la Antigüedad y de la división que se estableció desde Aristóteles en árboles, arbustos y hierbas. Y no de otra manera proceden nuestros misioneros en su botánica descriptiva al dibujar, a través de la semejanza y siguiendo las definiciones de Teofrasto, las figuras de las plantas en su aspecto exterior:

Árbol es algo que consta de un sólo tronco y surge de la raíz; tiene nudos y ramas y no puede ser arrancado fácilmente; ejemplo, el olivo, la higuera y la vid. Arbusto es una planta que nace de la raíz con muchas ramas, como la zarza y el paliuro. Subarbusto es la planta que surge de la raíz con muchos troncos y con muchas ramas, como el tomillo salsero y la ruda. Hierba es la planta que surge de la raíz sin tronco, con hojas; en ella el tallo es el portador de la semilla, por ejemplo, el trigo y las legumbres (Teofrasto, 1988, pp. 70-71).

1. La fisonomía de los árboles

“Debe observarse, nos dice Bachelard, que la “forma” de un árbol es intraducible en literatura. En realidad nadie lo intenta” (Bachelard, 1993, p. 255, nota 1). No obstante, nuestros misioneros lo intentan, con la salvedad de que sus “textos-herbarios” no pueden ser considerados como textos literarios. De todas formas, sus historias buscan la manera de dibujar con las palabras, más exactamente, con las cosas, las figuras de las plantas que describen. Veamos pues cómo se delinearán estos “perennes” seres.

Los tamaños, formas, colores, sabores, etc., del tallo, las ramas, las hojas, las flores y los frutos son los elementos que se disponen para buscar las semejanzas o las diferencias con sus análogos en otros árboles. Estas cosas como signos encuentran su significado en la medida en que se asemejan a lo que indican y son la vía que conduce de una semejanza a otra. Se puede partir de cualquiera de ellos: de la parte al todo o del todo a la parte. El tamaño del árbol se compara con el de otros, sin importar el aspecto de las ramas, las hojas, las flores o los frutos; y para describir estos últimos se acude a estas mismas partes en otros árboles, así como a otras cosas tales como monedas, partes del cuerpo de los animales o del hombre, etc.; y de este modo, se inician nuevas semejanzas de manera sucesiva y según las necesidades de la descripción. Examinemos, entonces, dos ejemplos

donde podremos ver operando esta serie de contrapuntos y cómo las partes de los árboles se envían mutuamente sus cualidades para configurar sus abigarrados rostros:

El chirimoyo es un árbol de mediana altura, su hoja es parecida algo a la del naranjo, pero muy más hermosa, tanto que sólo verla dice que es hoja de árbol fructífero [...] da una flor de cuatro hojas por fuera color de tabaco, adentro amarilla. Es al doble mayor que la del naranjo y al doble de grueso, y despide más suave fragancia que la del naranjo, algo parecido al de la azucena. Su fruta tiene la forma de la molleja de una gallina; no tiene cáscara sino hollejo, como la breva, y en ella señalados unos arquitos, y en cada uno una verruguita. Su color es entre verde y azul turquí. Por lo regular son mayores que dos manos de un hombre juntas y encorvadas [...] dentro tiene más de treinta pepitas del tamaño de un piñón, de color negro. La carne de la chirimoya es más blanca que el algodón, blanda como la batata cocida, y muy más dulce que la pera [...] no hay en España, ni creo que Dios haya creado fruta igual. Sólo en el paraíso pudo ser. Esta es la reina de las frutas que en el mundo hasta aquí se han conocido. Hay de estas otra segunda especie, y se llaman anonas. El anón es especie de chirimoyo. Es árbol algo más grande, y la hoja no es tan oscura como la del chirimoyo; pero tiene la misma forma, hace la misma flor, y la anona en su hechura es lo mismo que la chirimoya. Pero en madurando se pone de color amarillo, y la chirimoya ya no. Tiene dentro las mismas pepitas, y su comida es lo mismo que la chirimoya, salvo que hace grano como la miel azucarada, y su sabor es algo más fino que el de la chirimoya (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 163).

Observamos que en esta forma descriptiva se puede elegir cualquiera de estas cosas-signos para recorrer los distintos árboles que entran en la relación, a través de la figura y sus partes. Ahora veamos otro ejemplo donde la figura de la conveniencia permite establecer toda clase de comunicaciones entre el tamaño, la forma y el sabor de los frutos, para terminar, como en el caso anterior, con una explicación que se cierra sobre sí misma:

Touete es un árbol muy parecido al nogal, aunque no se hace tan grande, y da unas nueces del tamaño de una manzana. Su comida es lo mismo que la nuez, sólo que adentro cría más telitas y la cáscara tiene tales puntas y cavidades, que para haberla de comer es menester primero desmenuzar muy bien la cáscara, sino no podrá sacarle su comida. La segunda son los almendrones. Es un árbol parecido al almendro, pero sus almendras son del tamaño de los touetes. Su comida sabe a almendra, sólo que es tan aceitosa, que fastidia y deja la garganta con carraspera (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 86).

El árbol de la vida

Gumilla profiere sus alabanzas al Creador por haber encontrado un nuevo árbol de la vida. Nos habla de una singular palma “de que se visten, comen, beben y tienen todo cuanto han menester” los indígenas:

Así lo han hecho (y me consta) muchos de los que han leído este capítulo loando al Señor, al ver un nuevo árbol de la Vida, que así se debe llamar en cierto modo una palma tal [murichi] que da de sí todo cuanto es menester para pasar esta vida. Otros se han acordado del maná que les envió Dios a los hebreos en el desierto. ¡Maravilla grande! Más como era símbolo de otra mayor, que es el divino Sacramento, epílogo de todas las maravillas del Todo poderoso, sólo les servía el maná para pan y vianda. Pero esta palma, milagro del Supremo Autor de la naturaleza, da pan, vianda, bebida y vestido ¡da a los guarauños calles y casas... embarcaciones! De esta admiración ha nacido en muchos el deseo de saber la hechura de la hoja (que es como la de un quitasol, que se abre sobre su vástago), y otras muchas individualidades que omito, por no ser de importancia. Por el contrario, no ha faltado quien, para no fatigarse en alabar a aquel Señor, que abre su mano y llena de bendiciones, frutos y comida, no sólo a los hombres, sino también a todos los animales, ha reputado por fábula la tal palma; perdono la injuria, pero confieso que, aunque en mi cupiera la tentación de pintarla a mi arbitrio, no hallo en mi corta capacidad fuerzas para inventar y formar una idea tan peregrina. No están los guarauños ni su patria en espacios imaginarios (1963, p. 135).

El mito bíblico del árbol de la vida se actualiza en esta palma¹⁷. Puesto que *no hay distinción entre lo que se observa y lo que se lee*, la palma posee todos los atributos, es decir, las marcas que hacen de ella un nuevo árbol de la vida. Gumilla recurre al comentario, entendido aquí como la manera de considerar los signos conocidos para tratar algo nuevo. Estos signos le han sido dados de antemano en el relato del *Génesis* y con ellos puede describir el nuevo árbol de la vida que Dios plantó en la tierra de los guarauños. Viene entonces la analogía con el maná, símbolo a su vez del sacramento de la comunión, el cual contribuye a ampliar el carácter maravilloso de la palma, si tenemos en cuenta que ésta provee más cosas que aquél. En fin, no sobra decir que el comentario de Gumilla debe tener toda la pretensión de verdad, puesto que hablar de lo contrario sería cometer una “injuria” contra el Creador. Así pues, no se trata de una fábula ni de una creación arbitraria del autor, ya que la finalidad divina de esta planta se ha hecho evidente.

Arbustos y hierbas

Lo que hemos comentado con respecto a la manera en que se describen los árboles, se debe aplicar punto por punto a las descripciones de los arbustos y las hierbas. Será suficiente con los siguientes ejemplos:

17 Sobre los mitos y leyendas alrededor de este árbol, véase el “árbol de Adán” en De Gubernatis, Á. (1882), *La Mythologie des plantes ou les légendes du règne végétal*, París, Francia. (t. I, pp. 2-29).

Otra mata también hay muy común en las playas del río, que llaman buenas noches. Es a modo de un arbolito que forma el tronco en altura y color como la malva. Da a modo de un árbol las ramas, y sus hojas son ovaladas del ancho de la palma de la mano. Esta es un verdadero reloj, que señala el instante que nace y se pone al sol en aquel hemisferio; porque al ponerse, dentro de un avemaría rezada a prisa, copa las hojas, pegándose unas con otras, formando unas bolcitas, porque tienen el tronquito de tres dedos de largo. Y por otra parte, al salir el sol con la misma prisa que se copó, se abren las hojas (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 67).

La altamisa tiene el tallo alto, las hojas recortadas y no muy desemejantes a la del ajeno. Esta hierba, según creen muchos, tiene alguna virtud singular. Pero son allí raros los ojos que penetren la naturaleza de los vegetales. Un extranjero que buscaba simples conocí yo que estaba empeñado en que en aquellas playas hubiera el dictamo real, como él decía. Lo buscó, pero que yo sepa, no supo encontrarlo. Los pasajeros comúnmente no ponen la vista más que en las hierbas buenas para comer. De esta clase es el bledo silvestre. Que crece allí a maravillosa altura, y sus hojas son muy buscadas para hacer de ellas ensaladas cocidas (Gilij, 1965, t. I, p. 12).

2. Los nombres de las plantas

Como en el caso de los animales, es Isidoro de Sevilla (1982) quien nos sirve de punto de partida para comentar algunos ejemplos, aunque de manera sucinta, acerca de los nombres de las plantas: “Existen nombres de algunas plantas que es posible explicarlos porque se da un motivo por el que se le impuso un determinado nombre. En cambio, no es factible encontrar la etimología de la denominación de todas las hierbas, porque muchas cambian de nombre, según los lugares” (Libro XVII, p. 344). Esta manera de bautizar las plantas es la más común en nuestros frailes. Veamos el “motivo” que reúne los distintos nombres que ha recibido el árbol descrito por Gumilla, quien busca unificarlos a través de las virtudes de los distintos aceites que manan de él y que tienen la peculiaridad de ser “uniformes en sus efectos”:

El árbol más apreciable que se haya en el Orinoco y en todas sus vertientes es el Cabima, que así le llaman los indios; y entre los blancos se llama palo de aceite. El mismo aprecio que se hace y con mucha razón de este aceite ha sido causa de los muchos nombres que tiene; tanto que apenas nos entendemos, y al nombrarle con otro nombre que el que cada uno sabe, le parece que ya es otro aceite diferente. Verdad es que es el mismo árbol, y por la misma herida, da tres aceites muy diferentes a la vista; pero muy uniformes en sus efectos: es el árbol grande, coposo y corpulento; sus hojas, bien parecidas a las del peral; la corteza de su tronco, lisa, suave y gruesa; el tronco que este año dio aceite se está muchos años sin dar más, como que ha menester todo ese tiempo para

concebir y dar eficacia a tan excelente bálsamo [...] los indios unos le llaman Cabilla, por el árbol que lo cría; otro le llaman Curucay; los blancos corrompiendo el nombre Cabima, llaman aceite de Camime; otros muchos le llaman aceite de María, y éste es el primero que sale del árbol, que con facilidad se cuaja y parece unguento (Gumilla, 1963, pp. 218- 219).

Pero también se presenta el caso en el cual se trata de identificar las plantas que fueron descritas y nombradas por los botánicos antiguos. Los sinónimos no dan espera y, agregando formas fácilmente reconocibles, hacen proliferar los bautizos: “La yerba llamada centella, sin duda es la misma que Dioscórides llama la estrella, porque en forma de estrella cada hoja aplicada a cualquier parte del cuerpo abre una llaga por la parte que tiene lisa y por la vuelta algo vellosa, es la medicina de la que abrió su actividad venenosa” (Zamora, 1980, t. I, p.124).

Recordemos que los nombres dependen en la mayoría de los casos de la utilidad de la planta en cuestión: alimento, industria, medicina o como signo de comportamiento moral. Los ejemplos abundan: “[o]tra multitud de árboles de especies diferentes, con variedad en la hermosura de sus hojas y flores, y de utilidad en sus maderas, por ser grande su abundancia, hacen impenetrables las montañas y los bosques. No se han singularizado con nombres propios, por no haber experimentado sus efectos para las medicinas” (Zamora, 1980, t. I, p.124).

3. Las plantas medicinales

Son múltiples las descripciones de plantas con “virtudes” medicinales. Podríamos decir que no hay una planta a la que inmediatamente no se le busque tal fin. Esto se debe al acervo de conocimientos botánicos de nuestros misioneros, quienes los heredan de la Antigüedad y la Edad Media. Cabe recordar que durante estas épocas el interés por las plantas se centraba básicamente en la búsqueda de las propiedades farmacológicas de sus partes. A continuación, veremos algunos ejemplos de plantas que fueron consideradas por su valor medicinal o por lo “arcano” de las sustancias que contenían.

Basta con saber leer los signos que aparecen en la superficie de las plantas para hacer visible, de una forma u otra, los secretos que Dios ha guardado en ellas, puesto que, “No hay semejanza sin signatura. El mundo de lo similar sólo puede ser un mundo marcado”

(Foucault, 1982, p. 35). Y no de otra manera procede Santa Gertrudis (1963, t. II, p. 329) al ver una hierba “a propósito para volver a sacar dentadura al que no la tenga [...] una raíz del tamaño de un dedo anular, medio arqueada, que formaba propiamente un carrillo, y sobre de un lado corrida de unos botoncitos, como una dentadura. A lo que vi, inmediatamente creí que era a propósito para sacar nueva dentadura, y cualquiera que la viese diría lo mismo”.

“El fraylecillo”

Sin embargo, no siempre aparece tan clara la signatura que conduce a la semejanza entre los órganos o partes del cuerpo con la planta y su virtud medicinal. Sin ponerse de acuerdo si se trata de una hierba o de un arbusto, Gumilla y Vicente de Oviedo nos cuentan acerca de una planta llamada el fraylecillo, que se conoce por guardar “el más raro purgante del mundo”. No sabemos cómo se logró advertir tal propiedad en la planta, pero lo cierto del caso es que tiene una secreta simpatía en sus hojas de la que depende su proporcionado efecto:

De dichas hojas forman una ensalada muy propicia al gusto; pero cuenta que cuantas hojas comiere tantas evacuaciones ha de expeler; más cuidado ha de tener el modo de arrancar las hojas (aquí llamo otra vez la atención de los físicos), pues si se arrancan las hojas tirando hacia abajo, cada hoja causa una evacuación; si las arranca hacia arriba, causan vómitos, y si se arrancan unas para arriba y otras para abajo, concurre uno y otro efecto. Esto es notorio en la isla de la Habana. ¿Quién comprenderá los secretos de la naturaleza? (Gumilla, 1963, p. 443).

Caulín se refiere a esta planta con el nombre de Tuatúa y de paso nos dice de donde proviene su denominación más conocida: “Su fruta son unas cápsulas del tamaño de una aceituna, dentro de las cuales hay tres semillas del tamaño de una abejita encapillada, por cuya similitud le llaman el fraylecillo” (Caulín, 1966, t. I, pp. 62-63). A pesar de que este buen fraile reconoce las propiedades curativas de la planta, se burla de la simpatía que hace actuar el prodigioso purgante:

Escribe el R.P. Gumilla de este purgante, y dice: que cuantas hojas comiere, tantas evacuaciones ha de expeler; y lo que me causa más admiración es la sanidad, con que creyó, y quiere hacer creer a los físicos [...] Esto parece el cuento de aquellas viejas, que no salen de casa con el pie izquierdo, por no encontrar con una tuerta; o a los que esperan el huevo de gallina en viernes santo, para apagar los incendios; pues a la verdad es una especie de vana observancia, que no merece la atención de los hombres de juicio (Caulín, 1966, t. I, pp. 62-63).

Pero, que no nos engañe la mordacidad del ataque. Si bien es cierto que Caulín no acepta que el efecto del purgante dependa de la simpatía de las hojas, no podemos verlo como aquel que ha “escapado” del saber de la semejanza, ya que para recusar la “vana observancia” de su compañero él debe hacerlo en los límites de esta episteme. Esto se evidencia en la forma como emite su juicio, al exponer sus nociones de la teoría galénica de los humores:

La virtud de éste purgante no está sujeta al artificio del que la arranca, ni la variedad de sus efectos depende de medio tan desproporcionado con ellos; sino de la disposición de los humores, y exceso de la dosis. Al quien tiene el estómago repleto le suele conmovier las fibras, y causar vómito, y después descendiendo a los intestinos, causa el segundo efecto, que es el más ordinario, al que lo toma en su dosis proporcionada; y esto es lo natural, que me consta por experiencia, con licencia de los habitantes de la Habana, que tan portentosamente hicieron creer su relación a un varón de tan elevados talentos (Caulín, 1966, t. I, pp. 62-63).

Ahora bien, si Caulín puede mostrar el efecto del purgante por la “disposición de los humores”, es porque la semejanza en la diferencia se lo permite, pues,

El método mismo de curación es una relación de semejanza o de diferencia entre el medicamento y sus propiedades y la enfermedad y sus síntomas. De semejanza: para una herida redonda una ligadura redonda, para una alargada una alargada, para una enfermedad amarga un remedio amargo. De diferencia: el frío se cura por el calor, lo seco por lo húmedo, los antidotos son lo contrario de lo dado. Todo ello se traduce en los siguientes axiomas, métodos mismos de curación: *Contraria contrariis curantur. Similia similibus curantur.* Son la regla de oro de la curación y del uso de los medicamentos (Soto, 1999, p. 66).

En este otro ejemplo podemos ver actuando también la figura de la Simpatía y la Antipatía, y con más detalle, la relación que la figura de la conveniencia establece entre los humores del cuerpo, los de la planta¹⁸, la enfermedad y sus síntomas:

Drago. Es un árbol, de que se encuentran dos especies en estas provincias de Cumaná y Guayana. La una abunda en las montañas, y serranías de Unare, y es un árbol grande, ramoso, cuyas hojas

18 “El humor de los árboles, según se ha dicho ya, presenta diferentes modalidades de gustos. Es, a veces, lechoso, como el de la higuera y el de la adormidera; a veces, resinoso, como el del abeto [...], *En términos generales, cada árbol posee un jugo propio de su especial naturaleza, y podría añadirse que cada planta posee un determinado temperamento y mixtió de humores, que indudablemente aparecen también como propios en los frutos correspondientes.* En la mayoría de estos se adivina una similitud con la planta, que no es exacta ni aparente, sino que se aprecia, sobre todo, en el pericarpio; y éste es el motivo de que la naturaleza del jugo presente un aspecto de madurez genuina y completa. De hecho, hay que considerar a esta jugo como materia y al otro como forma o sustancia específica” (Teofrasto, 1988 p. 111-112. El énfasis es nuestro).

se componen de varias hojitas opuestas; y la corteza áspera, y de color ceniciento. La otra especie abunda en la costa de Paria isla de la Trinidad, provincia de Guayana, y orillas del Orinoco; y es un árbol, cuyas hojas tienen figura de alabarda, cubiertas de una lanilla muy sutil; su fruto arracimado, y la corteza suave, y lisa. *Cortada ésta en uno, y otro, destila un humor líquido, que en nada se distingue de la sangre de un Dragón, o Serpiente; y por esto le llaman los facultativos sangre de Drago; la que destilan los de la primera especie se coagula antes de la segunda; pero la virtud de ambas se ha experimentado ser la misma que la del oriente; esto es: abstringente, aglutinante, y desecante; y por esto es muy provechosa a los que padecen de hemorragias, o fluxo de sangre, y diarreas y generalmente a toda enfermedad, que necesita abstringir, y reafirmar las partes, como fortificar la dentadura, y unir las heridas; y se aplica interior, o exteriormente según convenga* (Caulín, 1966, t. I, p. 57. El énfasis es nuestro).

El curare

Podríamos multiplicar los ejemplos donde las simpatías juegan un papel importante en todos los enigmas concernientes a las plantas y sus virtudes medicinales. Contentémonos por ahora con la siguiente descripción que hace Gumilla del curare y sus efectos, donde podemos ver otros elementos significativos en lo que respecta a esta botánica oculta:

Un soldado, y después alférez de la escolta de nuestras misiones, oriundo de Madrid, llamado Francisco Masías, hombre de brío y de valor, grande observador de la naturaleza, propiedades de las plantas y animales y hasta de los insectos fue el primero que me dio la noticia de la instantánea actividad del curare. Suspéndi mi juicio y lo remití a la experiencia [...] y tomando yo un indio aparte le rogué que flechase uno de aquellos monos [...] dióle la punta de la flecha en el pecho [...] hizo además de querer arrancar la flecha (como lo hacen cuando las tales no tienen curare); pero al mismo tiempo de hacer el ademán, y sin acabar de llegar la mano a la flecha, cayó muerto al pie de la palma; corrí aunque estaba cerca y *no hallándole calor en el exterior del cuerpo, lo mandé abrir desde el pecho hasta abajo; ¡oh prodigio grande de las causas ocultas que ignoramos! No le hallé rastro alguno de calor ni aún en el mismo corazón. Al contrario de éste tenía mucha sangre cuajada, negra y fría; en lo restante del cuerpo, casi no tenía sangre, y la poca que le hallé en el hígado estaba del mismo modo que la del corazón y en lo exterior tenía una espuma fría algo anaranjada; y colegí que el frío sumamente intenso del curare enfría instantáneamente la sangre, y que ésta, a vista de su contrario, tira a refugiarse al corazón, y no hallando en él suficiente abrigo, se cuaja, hiela y ayuda a que el viviente muera más a prisa, sofocándole el corazón.* (1963, pp. 361- 3629. El énfasis es nuestro).

La primera observación del padre es la más evidente, la más ordinaria: el calor vital ha abandonado al animal, puesto que no se halla en el exterior del cuerpo. Pero, ¿por qué llama prodigio a la ausencia de calor en su interior y, sobre todo, en el corazón? La respuesta está en las nociones que posee acerca del funcionamiento del movimiento de la sangre en Galeno. Para este último, el hígado era el “centro del aparato venoso” y el

corazón no cumplía otra función que la de producir el calor interno o innato en los seres vivos¹⁹. De este modo, al no hallar rastros de calor ni en el hígado ni en el corazón, el curare es considerado como una sustancia que tiene la propiedad de enfriar de manera instantánea el calor de la sangre y “cuajarla”. Entonces, la sangre caliente busca por natural simpatía volver al corazón y rehuir por antipatía del “hielo” coagulante del curare.

El padre se pregunta cuál es el secreto que oculta el curare para que su efecto se manifieste de manera instantánea. Una primera respuesta la encuentra en el demonio, verdadero continente de todos los artificios malignos que se hallan en la tierra:

Si algún botánico famoso hubiese encontrado esta raíz y conocido su oculta malignidad no había de qué admirarnos si el famoso Tritemio o Borri, o alguno de aquellos sabios inventores de la química, a fuerza de experimentos y discursos, hubiera finalmente dado en esta singular maniobra, fueran dignos de grande alabanza, y nada extrañara este efecto como parto de entendimiento, tan cultivados; pero que todo esto sea invención de la nación más tosca y bárbara del río Orinoco, ¿quién lo creerá, sino confesando que todo ello, desde el hallazgo de la raíz hasta el fin, fue dictado por el demonio? (Gumilla, 1963, p. 265-266).

La segunda respuesta la obtiene de la descripción del lugar donde crece, según él, la raíz de la que se extrae el curare:

Ya hemos visto, no sin novedad, la fuerza eficaz del curare: pasemos a examinar su maniobra singularísima. Es de saber que toda la ponzoña del curare se origina de una raíz del mismo nombre, raíz tan singular, y única, que sólo es raíz de sí misma, sin arrojar jamás hojas ni retoños; y aunque crece, siempre va escondida, digámoslo así, temerosa de manifestar su oculta malignidad, y para esconderse más buscó o le señaló el Autor de la Naturaleza, no la tierra común al resto de las plantas, sino el cieno podrido y corrupto de aquellas lagunas que no tienen desagüe, y por tanto, aun sus aguas sólo en caso de grave necesidad se beben por ser gruesas, de mal color, peor sabor y de hedor correspondiente. Entre el cieno corrupto, sobre que descansan aquellas aguas pestíferas nace y crece la raíz del curare, parto legítimo de todo aquel conjunto de inmundicias (Gumilla, 1963, p. 264).

19 Según Galeno, “El alimento, parcialmente digerido en el tubo digestivo, es transportado por las venas *mesentéricas* hasta el hígado, centro del aparato venoso. Tras su *sanguificación*, el quilo se transmuta prácticamente en sangre y pasa a las venas, que la conducen tanto hacia la cabeza como hacia las extremidades de los miembros. Este movimiento de la sangre que llena constantemente las venas, no depende para nada del corazón: es una especie de lento desplazamiento cuyo sentido se invierte con frecuencia, como el de las *mareas*, condicionado por las *facultades atractivas de las partes*.” (Giordan *et al.*, 1988, t. I, pp. 35-36)

Se trata de un paisaje que reúne todas las valorizaciones negativas tomadas de una antigua tradición, según la cual la “altura es sublime” y la “profundidad es fétida”. En este caso es el fondo cenagoso de una laguna la que actúa como receptáculo del agua donde se vierten los adjetivos de lo pútrido, los mismos que conforman las sustancias malignas que le comunican al curare sus ocultas propiedades: “En el agua así maleficiada, basta un signo: lo que es malo en un aspecto o en un carácter, se vuelve malo en su conjunto. El mal pasa de la cualidad a la sustancia” (Bachelard, 1993, p. 212). De otra parte, el misionero insiste en señalar que se trata de una raíz muy singular, pues es “raíz de sí misma”, y con ello, viene a completar el paisaje que describe, para de esta manera, lograr un mayor efecto en su “explicación”, pues como lo subraya Kappler,

Cada criatura tiene en sí misma su propia justificación, su propia explicación. Este tipo de pensamiento medieval –al menos tal como es comprendido por el hombre moderno- tiene la propiedad de negar el problema y de encerrar la cuestión en sí misma, de manera que se hace imposible el dilucidarla. Es propio de los misterios y es propio de esas criaturas ser lo que son, allí donde estén (1986, p. 43).

Pero la explicación no termina aquí. Tenemos todavía una tercera respuesta la cual se logra recurriendo a la descripción de una simpatía análoga:

A vista de tan instantánea operación de la naturaleza, quiero poner otra instantánea operación del arte e ingenio del nunca bastante alabado Padre Atanasio Kilkero. Celebraba la Casa Profesa de Jesús en Roma las glorias de nuestro santo Patriarca Ignacio de Loyola: la función era a todo costo; la testera de toda aquella grande iglesia era un intrincado e innumerable laberinto de velas; la hora de encenderlas se detenía tanto, que ya se pasaba [...] cuando veis aquí que sale un hermano viejo con una caña, y en ella una luz para encender; aquí creció la impaciencia. Ni en tres horas, decían, podrá encender tantas velas. Y, ¡aquí del asombro!, apenas tocó una pavesa de la vela cercana, cuando improvisadamente ardieron todas por la simpatía del preparativo secreto, quedando en un instante iluminado el templo y asombrado el concurso; prontitud muy parecida a la del curare (Gumilla, 1963, p. 362-363).

62 | 4. Los inter-reinos

Mitos y leyendas medievales y renacentistas describen extraños híbridos producto de la mezcla de los reinos vegetal-animal, animal-mineral y vegetal-mineral²⁰. Todas estas

20 Ejemplos de estos híbridos en Kappler, 1986, pp. 154 y ss.

mezclas son posibles en un mundo donde la ontología, la física y la metafísica aristotélicas habían sido destruidas²¹. En este panorama, entonces, se borraban los contornos que permitían establecer donde empezaba o terminaba un ser en su forma, así como las cualidades materiales que lo distinguían de los otros.

Ahora bien, en el siglo XVII, el teólogo naturalista Lesser en su *Theologie des insectes*, tiene la ocasión de continuar con la exégesis del *Génesis* para hablar del origen de la materia y de los seres creados por Dios²². Aquí podemos apreciar cómo las nociones aristotélicas de potencia (materia) y el acto (forma) se substituyen por el Espíritu Santo y su infinita sabiduría quien supo combinar los elementos para obtener una materia arcana:

La escritura no nos ha dejado adivinar que era esta materia. *La tierra estaba sin forma y vacía, y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas [...]*. He aquí el principio y la materia por las cuales Dios compuso los tres reinos que hay en la naturaleza. Del elemento de la tierra y del agua, salieron los minerales, las plantas, y los animales de toda especie. De la combinación que de ello hizo el Creador, se vio nacer la hierba y su simiente: árboles frutales con el fruto según su especie; reptiles con vida; pájaros que vuelan sobre la tierra y hacia la extensión de los cielos, y animales terrestres de toda especie. *Gen. I vs.II.20.24* (Lesser, 1745, pp. 79-80).

Y más adelante agrega el teólogo:

La distancia que Dios ha puesto entre estos tres Reinos, es tan poco sensible, que apenas se pueden separar las extremidades por las cuales contienen a unos y otros. Vemos, por ejemplo, que los corales son los límites que tocan de un lado a los minerales, y del otro a los vegetales. Son minerales por su materia y por su dureza, vegetales por la manera por la cual crecen; lo que las ha colocado en el rango de las plantas marinas. El paso de los vegetales a los animales no es menos sensible. Aquí encontramos zoófitos, que Antiguos Botánicos han creído ver en ellos un animal, así como una planta (pp. 82-83).

Y sin embargo, advierte:

-
- 21 “Efectivamente, después de haber destruido la física, la metafísica y la ontología aristotélicas, el Renacimiento se encontró sin física y sin ontología, es decir, sin posibilidad de decidir con anticipación si algo es posible o no” (Koyré, 1997, p. 42).
 - 22 “Para explicar la formación de un ser es necesario, en cada ocasión, recurrir a la acción de Dios o de sus delegados. Como para cualquier otra cosa, la creación de un ser requiere de la unión de la materia y de la forma. Pero las propiedades de los seres vivos exigen además la intervención directa de las fuerzas que rigen el mundo. La conexión se ve asegurada por dos intermediarios: el alma, inherente a cada individuo, de calidad variable según el lugar que ocupa éste en la jerarquía de los seres, e imperceptible a los sentidos; el calor innato común a todos los seres vivos y perceptibles” (Jacob, 1988, p.23).

En general que se tenga cuidado aquí, Dios ha restringido de tal manera la naturaleza en sus operaciones, que de los tres reinos de los cuales está compuesta, ninguno puede usurpar los derechos del otro. No se ven animales volverse plantas, ni plantas volverse minerales. Cada uno se mantiene en la clase que el Creador le ha asignado, sin poder salir jamás de allí. Sin embargo, es una cosa muy destacable, que la materia de la cual estos tres reinos están compuestos, es la misma, y que no hay diferencia sino en la disposición que la sabiduría de Dios ha querido poner allí (p. 79).

A pesar de estas “advertencias”, nuestros misioneros (algunos conocieron el texto de Lesser) continúan tejiendo las antiguas leyendas que narran acerca de las mezclas más insólitas entre los reinos²³. De este modo, tenemos la actualización de las vegetaciones zoomórficas y de las comunicaciones entre la planta y el mineral, como lo veremos a continuación.

Las almas

Dice Zamora (1980):

Elevado en la contemplación de las maravillas que creó Dios sobre la tierra, el coronado Cantor forma un coro misterioso y congrega en él a todas las criaturas para que den en su autor continuas alabanzas. Alternando con las que tienen *vida vegetativa* las que gozan de mejor vida, que es *la sensitiva clase*, que con mayor admiración y variedad se pueden comprender en este reino de las bestias cuya braveza las tiene retiradas por los montes y por las selvas [...] este coro de innumerables criaturas debe servir de motivo a los que con superior *vida inteligible* vivimos en este reino, para dar continuas alabanzas al soberano autor de la naturaleza (t. I, p. 144).

Con una finalidad claramente religiosa, podemos ver en el anterior texto las almas vegetativa, sensitiva y racional que Aristóteles distinguió en los seres vivos: “tanto en el caso de las figuras como de los seres animados, por ejemplo, el triángulo está contenido en el

23 “En las leyendas, aparecen otras muchas singularidades. El Oriente está lleno de vegetales que se confunden con la fauna. En un jardín hindú, los granados, cuando florecen, dan pájaros multicolores. Existen también árboles cuyas ramas caídas se animan y reptan como serpientes. En otras partes, los animales se plantan como legumbres: “si usted introduce bajo tierra el ombligo de una oveja y lo riega con agua, brota un corderito. El animal crece cuando retumba el trueno”. Baltrušaitis cita también un texto medieval que lleva por título: *Histoire admirable des plantes et herbes esmerveillables et miraculeuses en nature; mêmes d’aucunes qui sont vrais zoophytes ou plantes animaux, plantes et animaux tout ensemble, por avoir vie végétative, sensitive et animale*, París, 1605 [*Historia admirable de las plantas y hierbas maravillosas y milagrosas en la naturaleza; así como de algunas que son verdaderos zoófitos o plantas animales, plantas y animales a la vez, por tener vida vegetativa, sensitiva y animal*]. “Vemos también en él árboles que producen pájaros, gusanos, peces, árboles, solares, árboles cuyas hojas caídas corren como animales”. (Baltrušaitis, 1987, p. 124 y nota 108 de la p. 132.)

cuadrilátero y la facultad vegetativa está contenida en la sensitiva. Luego en relación con cada uno de los vivientes deberá investigarse cuál es el alma propia de cada uno de ellos, por ejemplo, cuál es la de la planta y cuál es la del hombre o la de a fiera” (Aristóteles, 1983, p. 177). Recordemos que el orden “escalonado” en el que aparecen las almas no puede ser recorrido en sentido inverso, esto es, el alma vegetativa no puede contener la sensitiva o esta última contener la racional. Pese a que estas almas aparecen en dicho orden en Zamora y, como veremos a continuación, en Santa Gertrudis, éstas terminan mezclándose para dar paso a las combinaciones más maravillosas fruto de la voluntad de un Dios creador:

Éste guayacán viomate, afirma el reverendo Padre Zamora, en su historia de su Provincia de San Antonio del Nuevo Reino, que en las torres de estos árboles se crían unas palomitas, que se pueden llamar su fruto, que en llegando al tamaño del dedo pulgar vuelan y se aferran de la tierra, y de las patas se crían las raíces del árbol, y por las espaldas, entre las junturas de las alas, empieza a brotar el retoño, como el que nace de la semilla de otro árbol, y va creciendo y levantándose éste tan fuerte y duro árbol de guayacán, con alabanza del Soberano Autor tan admirable en todas sus obras (de Oviedo, 1930, p. 36).

Las matas de almejas

Babieca: Metafísico estáis.

Rocinante: Es que no como.

Pero el siguiente texto de Santa Gertrudis no podría ser más explícito. Tenemos aquí todos los elementos necesarios para construir una planta zoomórfica donde las almas vegetativa y sensitiva comparten un mismo cuerpo:

Yo reparé que en las quiebras de aquellas peñas se criaban unas matitas de dos cuartas de largo de color de sangre. Sus hojas son un poco más grandes que una lenteja del mismo color sanguíneo, y de más canto que la lenteja. Mas las dos últimas hojas de cada ramita son el doble más grandes, y en estas dos hojas da por fruto una almeja del mismo color con sus dos conchas, y el pescadito adentro, en madurando, se caen las ramas y andan como las demás almejas, y crecen un poco más que la uña del dedo pulgar. Había muchas en el suelo, y yo llené un pañuelo, y a la noche las comimos fritas (de Santa Gertrudis, 1963, t. II, pp. 381-382).

La figura de la semejanza que opera en este caso y que permite la aparición del prodigio es la conveniencia: la planta y el animal, que es su fruto, se comunican sus cualidades a través de formas, colores y sustancias. En primer lugar, el texto insiste en que se trata de

una pequeña planta, la cual posee hojas y en la que se insinúa una flor (por la diferencia de tamaño con las demás) de la que se desprende el singular fruto. Luego, el color sanguíneo nos habla de la sustancia que nutre a ambos seres. Esta es la descripción de su figura. Ahora, veamos cómo Santa Gertrudis intenta digerir el problema metafísico en el que ha caído debido a sus gustos culinarios:

Este a mí entender es el mayor prodigio que yo he visto en mi vida. Este es el que noto en el prólogo que no se ha de querer creer, por repugnante a la razón filosófica. Aquí quisiera ver yo hombres metafísicos a expurgar este prodigio de la naturaleza. Porque esta mata es una planta que tiene las raíces como las demás clavadas en las coyunturas de las peñas, y vive chupando de aquel humor que saca de la peña, *y por consiguiente tiene alma realmente vegetativa, puramente como la de las demás plantas. Y como según aquel adagio filosófico Nemo dat quod non habet, no puede esta planta dar un fruto que tenga realmente alma sensitiva.* En esta suposición, digo yo y pregunto: ¿cómo esta mata da por fruto estas almejas, que dentro de las conchitas tienen su pescadito viviente, que come, siente y anda, y aún antes de caer, ya se encoge si lo punzan, y va creciendo como las demás almejas? *Decir que la mata tiene alma sensitiva es disparate, porque aunque le cortes hojas o ramas, ni se mueve ni se encoge, ni da señal de sensibilidad. A más, si tuviera la mata alma sensitiva, ¿a qué fin tienen las raíces para vivir vegetando como la planta? Ahora saco yo esta otra consecuencia: el árbol o fruta componen un solo ente o cuerpo, como un manzano con sus manzanas, luego en un mismo cuerpo o ente están en esta matita dos almas, vegetativa y sensitiva, realmente distintas una de la otra. No creo que halla filósofo que me conceda, pero yo digo que en esta mata están y quien no lo quisiere creer que vaya a informarse por sus ojos* (de Santa Gertrudis, 1963, t. II, pp. 381-382. El énfasis es nuestro).

Como se puede observar, el autor tiene muy clara la diferencia entre las almas de Aristóteles. La planta tiene alma vegetativa, puesto que por medio de la raíz se alimenta del “humor” que saca de las piedras a las cuales está adherida y “ni se mueve ni se encoge, ni da señal de sensibilidad”. Aristóteles habla de las potencias del alma, que no son otra cosa que las facultades *nutritiva, sensitiva, desiderativa, motora y discursiva*: “En las plantas se da solamente la facultad nutritiva, mientras que en el resto de los vivientes se da no sólo ésta, sino también la sensitiva” (Aristóteles, 1983, p. 175). En lo que se refiere al fruto, este pequeño animal, sin duda alguna, tiene alma sensitiva: posee la facultad motora, pues “anda” y, sensitiva, puesto que “aún antes de caer, ya se encoge si lo punzan”. No obstante, observamos que los límites que separan a estos dos seres se difuminan en el preciso momento en que comparten un solo cuerpo. Aunque insista en considerarlos por separado, la “forma específica” de cada uno se ha disuelto, puesto que es precisamente el alma la que le da la entidad o la esencia a cada cuerpo (Aristóteles, 1983, p. 46). Así pues, en la ontología aristotélica, esta planta zoomórfica sería totalmente falsa, un ser sin existencia real:

Y es que para todos los vivientes que son perfectos –es decir, los que ni son incompletos ni tienen generación espontánea- la más natural de las obras consiste en hacer otro viviente semejante a sí mismos –si se trata de un animal, otro animal, y si se trata de una planta, otra planta- con el fin de participar de lo eterno y de lo divino en la medida en que les es posible: todos los seres desde luego, aspiran a ello y con tal fin realizan cuantas acciones realizan naturalmente (Aristóteles, 1983, pp. 179-180).

Pero cuando esta ontología se ha difuminado, viene a ocupar su lugar el mundo de lo posible. Como bien lo señala Koyré: “En nuestro pensamiento lo posible prevalece siempre sobre lo real, y lo real no es más que el residuo de lo posible; se coloca o se encuentra en el marco de lo que no es imposible” (Koyré, 1997, p. 42).

El bejuco “ya te veo”

Pero esto no es todo. Tenemos otras plantas que por su “comportamiento” se mezclan directamente con las facultades propias de los animales. Así ocurre con el prodigioso bejuco “ya te veo”, quien tiene la arcana facultad de escuchar las voces de los humanos que pasan junto a él y reaccionar según una rara simpatía, como nos lo indica el mismo misionero, al confirmar su *experiencia* con otro caso que a su vez encuentra su explicación en la comparación:

El Autor de la naturaleza ha encerrado en él, un secreto, que no es capaz la capacidad humana de investigarlo. Pero se hace creíble por la experiencia. Es el caso que si antes de llegar a este bejuco cosa de veinte pasos, hablan los que por allí van, pasan por junto a él y aun lo cortan sin que dicho bejuco haga movimiento alguno, pero si pasan sin hablar dentro de dicho término, al acercarse a él, levanta su punta el bejuco y dale al que pasa callado un latigazo recio, que lo hace hablar, y si le da en la parte descubierta, esto es, inmediata a la carne, le nace en la parte que hirió una sarna incurable, y le dura toda la vida. Y por esto le han puesto por nombre a dicho bejuco ya te veo. Yo ya veo que esto es difícil de creer y recelaba el escribirlo; pero siendo cosa tan rara, lo escribí haciendo juicio que en España vemos la flor gigantea, que sigue el curso del sol noche y día, revolviéndose con un movimiento continuo, siguiendo el movimiento del sol. En cuyo supuesto, el que dio a esta flor esta simpatía, también pudo darle esta otra al bejuco ya te veo (de Santa Gertrudis, 1956, t. I, p. 175)

La vergonzosa o el espejo de las doncellas

Gumilla dispone un pequeño escenario para que la hierba llamada vergonzosa (que no tiene virtud medicinal, industrial o alimenticia conocida) pliegue y despliegue su papel aleccionador. Primero, vienen los aderezos de la actriz. Luego, su actuación. Y por último, los signos que se pueden leer e interpretar en ella:

Es la vergonzosa una mata que empieza a echar ramas desde su raíz, que sobresale algo del suelo; sube la guía repartiendo ramas por todas partes de dos en dos no da lugar a que se vea ni el pie, ni rama alguna por mínima que sea; su figura, a modo de media naranja, y su verde claro forman un objeto tan apacible, que se arrebató la vista y la atención; al bello verde que ostenta corresponde en el revés de las hojas un color blanco que decaece en el pardo. Esta es la bella perspectiva de la vergonzosa; y aquí entra lo raro de ella; tóquense con la punta del bastón o el báculo aquel poco de tronco que apenas descubre; tocarla, y marchitarse en un cerrar y abrir de ojos toda la fresca hermosura y lozanía de la vergonzosa, todo es uno: dobla en un momento todas sus hojas, unas contra otras, oculta su verdor hermoso, y se reviste, o sólo muestra en el revés de sus hojas aquel color blanco, que decaece en pardo, como que mostrara su pena y se vistiera de lutos [...] prodigio de la naturaleza me pareció siempre, y no me cansaba de ir tocando el pie de aquellas plantas para admirar más y más tal mutación y tan instantánea. Verdad es que a más tardar en el plazo de una hora, vuelve en sí y se recobra, endereza sus cogollos y reverdece su hermosura y lozanía (Gumilla, 1963, pp. 443- 444).

Tenemos aquí la planta-doncella que cambia de aspecto en su actuación y la forma en que tal conjunto le proporciona su finalidad, esto es, la lección moral que de paso y, en parte, “explica” sus singulares movimientos: “En unas partes, como dije, se llama doncella; en otras, *Mírame y no me toques*, y en otras se le aplican a propósito y acertadamente otros nombres semejantes, que explican su encogimiento y muestras de rubor [...]. Mírense en el espejo de esta vergonzosa hierba, que al menor contacto ajeno se llena de luto, se amortigua, desfallece y parece que no es ella, sino muy otra” (Gumilla, 1963, p. 444).

Al mismo tiempo, se unen al “natural recato” y como explicación del movimiento, los *efluvios* y la *noción de poro* con sus sutiles acciones a distancia, como en el caso de la boa y su aliento atrayente (ver supra, capítulo I). El padre ve en “la instantánea mutación” de la planta un desmayo como el que tiene lugar en los animales cuando les falta el alimento. Este desmayo se explica porque al tocar la planta se introducen los efluvios que a su vez detienen “el flujo natural de los sucos” haciéndolos retroceder hasta las raíces y produciendo el “desmayo de los cogollos y el encogimiento de las hojas”. Además, como el acto final de esta pieza debe cerrarse de tal manera que maraville a todos los espectadores de la naturaleza, sale a escena la sensitiva, *summun* de la castidad²⁴:

24 Más conocida como sensitiva o mimosa (que imita los movimientos de los animales), esta planta fue objeto de las más diversas controversias entre naturalistas y filósofos durante el siglo XVIII: “Finalmente, las ideas religiosas, lejos de servir de operador del conocimiento, ofrecen temas a partir de los cuales es siempre posible interpretar los conceptos de la fisiología vegetal. Para aquellos que se oponen a la existencia de una sensibilidad vegetal prevalece la idea de una naturaleza buena en lo fundamental o de un Dios que no permite que se haga sufrir a seres indefensos. En cuanto a los partidarios de la

Entremos en los jardines del Rey Cristianísimo con el Padre Regnault, pongamos los ojos en la mata llamada *sensitiva*; pero nadie alargue la mano para tocarla; porque antes de sentir el contacto, se retira, desmayándose, y decaesen sus hojas y cogollos, toda se amortigua, *corrida y espantada de solos los efluvios que la mano curiosa despide, antes de tocarla*. No puede llegar a más su delicadeza, circunspección y natural recato (Gumilla, 1963, p. 445. El énfasis es nuestro).

La digestión del díctamo

Y para terminar, no podríamos olvidar los intercambios que ocurren entre las sustancias mineral y vegetal. Comencemos con la legendaria planta más conocida como díctamo²⁵:

El diptamo real aunque no está conocido, lo hay en este Reino y con más abundancia en la isla de Creta, en la que sólo se halla, según Aristóteles. Si es verdad que de esta hierba se forman las piedras bezaares, son innumerables las que se sacan de los venados. *En algunas está la yerba de manifesto por un lado y por el otro la piedra casi formada*. Sucede lo mismo en las que sacan de las dantas. Pero como no es fácil expiar a estos animales, ni diferenciar entre las yerbas que comen, estamos privados del conocimiento de esta yerba llamada diptamo (Zamora, 1980, t. I, p. 139. El énfasis es nuestro).

Aquí es la “digestión” de los animales la que hace posible que una sustancia vegetal se transforme en mineral. Acosta y Fernández de Oviedo mencionan en muchas ocasiones las referidas piedras Bezaares, haciendo énfasis en sus propiedades curativas (antídoto) y cómo la gran mayoría de éstas se obtienen del vientre de distintos animales salvajes. El vientre funciona, entonces, como el lugar secreto donde un proceso, asimismo oculto, transforma las sustancias: “El misterio de la vida está en el centro; todo lo oculto es profundo, todo lo profundo es vital, viviente; el espíritu formador es “subterráneo”. En la tierra como en nuestro cuerpo. Mientras en el exterior todo es decoración, o a lo sumo

existencia de una sensibilidad vegetal, invocan a un Dios preocupado por un equilibrio natural y para cual el sufrimiento tiene su razón de ser. En realidad, en los dos casos, se trata de disculpar al hombre, destructor de plantas. Las dos concepciones teológicas, que permiten esta operación, convienen, cada una, con la manera por la cual los naturalistas han considerado el movimiento vegetal” (Delaporte, 1997, p. 37).

25 “El díctamo es natural de Creta, de admirable eficacia y útil para muchas cosas, muy especialmente en los alumbramientos de las mujeres [...] Es planta que escasea, porque es pequeña la región que la produce y porque las cabras, que son aficionadas a él, se lo comen. Dicen también que es verdad lo que se dice de las flechas, es decir, que si las cabras pacen esta hierba, cuando son heridas por disparos de aquel arma, la hierba las libera de ella” (Teofrasto, 1988, p. 481).

operaciones poco molestas, en el interior se desarrolla la labor más difícil y más importante” (Bachelard, 1972, pp. 209-210).

La transubstanciación del guayacán

El proceso transformador de la digestión oculta se puede extender a la tierra o al agua, a los que se les agrega también la secreta acción del “jugo lipidífico”: “Y es cierto que el agua o la tierra que han cubierto los cuerpos aptos para petrificarse, son un medio muy apropiado para introducir en ellos el jugo lipidífico por el cual se transforman en piedras” (Gilij, 1965, t. IV, p. 190). Así, tenemos la transformación, o más bien, la transubstanciación del guayacán en piedra o en metal:

Cualquier tronco o astilla de este árbol que cae en el agua se convierte en piedra de tal dureza, que despidе copiosas chispas de fuego, herido con el eslabón de acero, que es otra maravilla digna de toda consideración, pues mi padre y Señor Santo Tomás le trae en el opúsculo de *De Sacramento Altaris*, para probar la conversión de una en otra sustancia, aún fuera de milagro [...]. Y aquí viene lo que dice el Reverendísimo padre Feijóo y el padre Arisdechim y otros muchos, que en ciertas partes de Europa hay una madera que clavando un estacón en el agua, la parte que queda afuera del agua, se conserva palo, la que está en el agua se convierte en piedra y lo que entra en la tierra se convierte en hierro (de Oviedo, 1930, p. 36).

Esta maravilla también encuentra su explicación por haber sido reducida al acontecimiento que se actualiza en el milagro de la Eucaristía: la conversión de las sustancias del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. Si este milagro se repite ante los ojos del creyente, ¿cómo no explicar manifestaciones análogas por la misma secreta operación? En este caso, no se trata de una maravilla producto de la magia o de cualquier otro artificio creado por el hombre, pues como se sabe el cristianismo ha sometido lo maravilloso y lo sobrenatural a lo milagroso, obra de un único autor que es Dios:

Lo que en definitiva vemos, nos aclara Le Goff, es esta preocupación de la Iglesia por transformar profundamente lo maravilloso dándole una significación tan nueva que ya no nos encontramos frente al mismo fenómeno; o bien, la preocupación de ocultar y hasta destruir lo que para la Iglesia representa uno de los elementos quizá más peligrosos de la cultura tradicional, a la que llama pagana, en la medida en que lo maravilloso ejerció en los espíritus evidentes seducciones que son una de las funciones de lo maravilloso en la cultura y en la sociedad (Le Goff, 1991, p. 11).



Conclusión

1

Recordémoslo una vez más, los padres misioneros que hemos considerado en nuestro ensayo han devenido naturalistas descriptores, en la medida en que se propusieron hacer sus inventarios de los *flujos de flora y fauna* que les ofrecían los lugares donde asentaron sus misiones. Su propósito, entonces, no se puede comparar de manera exacta con el de los naturalistas de *profesión*.

Vimos que las descripciones de los vivientes proliferan, y todavía más, si agregamos que los padres incluyen en sus relatos las de los demás autores. Debido a esto, nuestro esfuerzo estuvo encaminado a describir, a través de los ejemplos que consideramos más significativos, en qué consiste el conocimiento que los misioneros poseen acerca de los seres vivos y mostrar cómo funciona para cada descripción.

De este modo, tanto los animales como las plantas eran dibujados a través de los relatos que los hacían posibles. A su vez, estos relatos se tejen gracias a la concurrencia de los más variados elementos, tomados de diversos contenidos culturales de la Antigüedad, la Edad Media o el Renacimiento; así

como de los que la divulgación científica hacía circular en el siglo XVIII: mitos, creencias mágico-religiosas, nociones de fisiología, de anatomía o de farmacología, etc. Todo este conjunto se pone en marcha por la función que desempeña el saber de la semejanza.

Pudimos observar cómo, a través de esta episteme, no sólo se ordenaban los seres vivos, sino que además, era posible explicar los más maravillosos fenómenos: los monstruos y su papel en la creación; las raras formas de plantas y animales; el vuelo de los peces; el significado del canto de las aves y la perfección de sus construcciones; los efluvios y sus fuerzas invisibles; la finalidad de los insectos; los arcanos que ocultan las plantas y la manera de leerlos e interpretarlos; etc.; y todo esto, con un fin preciso: al describir las producciones de la naturaleza, no se hacía otra cosa que alabar las maravillas de la Creación: “La naturaleza debe su nombre a ser ella la que hace nacer las cosas. Es, por lo tanto, la que tiene capacidad de engendrar y dar vida. Hay quienes han afirmado que la naturaleza es Dios, por quien todo ha sido creado y existe” (de Sevilla, 1982, t. II, p. 13). Así pues, leer la *prosa del mundo*, era no sólo bautizar y por lo tanto explicar el modo y la figura de las criaturas desconocidas en América, sino también darles un lugar preciso, una finalidad en el orden divino.

2

Cuando se aborda el estudio de un pensamiento que no es el nuestro, nos dice Koyré, lo más difícil -y lo más necesario- es, como lo ha demostrado admirablemente un gran historiador, no tanto captar lo que no se sabe y lo que sabía el pensador en cuestión cuanto olvidar lo que sabemos o creemos saber. Nosotros añadiríamos que a veces es necesario no sólo olvidar verdades, que se han convertido en partes integrantes de nuestro pensamiento, sino incluso adoptar ciertos modos, ciertas categorías de razonamiento, o al menos ciertos principios metafísicos que para las personas de una época pretérita eran bases de razonamiento y de búsqueda, tan válidas y también tan seguras como lo son para nosotros los principios de la física matemática y los datos de la astronomía (Koyré, 1981, p. 71).

72 | Es más que pertinente adherirnos aquí a estas reflexiones del epistemólogo. Nuestro propósito se centró en tratar de reconstruir el saber que sobre los animales y las plantas practicaban los padres misioneros en el periodo considerado y, en lo posible, alejarnos de los estudios que terminan sentando a los naturalistas descriptivos en el banquillo de los acusados o erróneamente exaltados de la historia colonial. En el siglo XIX Boussingault y Roulin, llamaban la atención sobre este hecho:

Es imposible estudiar la historia natural de los tiempos antiguos sin tener que separar de los hechos los adornos fabulosos que los rodean y que sirvieron a los primeros naturalistas para llamar la atención del vulgo sobre los animales de los países lejanos. Los primeros historiadores americanos que quisieron desenredar un poco la historia de los pueblos indígenas y los misioneros que se propusieron darnos alguna idea de aquellos países y hacernos conocer la vegetación y los animales, han sido tratados con desprecio por escritores superficiales. Sus relaciones en que por lo general se manifiesta el hombre laborioso que penetrando por un dédalo de tradiciones confusas ha logrado descubrir algunas verdades, y adoptando ciertos errores apartaba la mayor parte que han sido calificadas de consejas, para algunos modernos bien inferiores a ellos en todo (1848, p. 258, nota 1).

Pero, por supuesto, este trabajo no termina aquí. Creemos que la descripción que hemos ensayado para la documentación considerada puede hacerse extensiva a un mayor número de textos para un espacio y un tiempo más amplios. Se podrían examinar textos desde el siglo XVI al XVIII, en los cuales sería igualmente provechoso hacer visible la función del saber que pone en marcha los contenidos culturales, con los que se confeccionan los relatos que le dan materia y forma a las maravillas de la naturaleza.



Referencia Bibliográfica

- Acosta, J. (1940). *Historia natural y moral de las Indias*. México d.f., México: F.C.E.
- Acot, P. (1990). *Historia de la ecología*. Madrid, España: Taurus.
- Aguado, F. P. (1916), *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*. Madrid, España: Real Academia de Historia.
- Aristóteles. (1983). *Acerca del alma*. Madrid, España: Gredos.
- Auerbach, E. (1996). *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México d.f., México: F.C.E.
- Bachelard, G. (1993). *El aire y los sueños. Ensayo sobre la imaginación del movimiento*. México d.f., México: F.C.E.
- _____ (2000). *La formación del espíritu científico*. México d.f., México: Siglo XXI.
- _____ (1997). *La poética del espacio*. México d.f., México: F.C.E.
- _____ (1994). *La tierra y los ensueños de la voluntad*. México d.f., México: F.C.E.
- _____ (1966). *Psicoanálisis del fuego*. Madrid, España: Alianza editorial.

- Baltrušaitis, J. (1987). *La Edad media fantástica. Antigüedades y exotismos en el arte gótico*. Madrid, España: Cátedra.
- Boussingault, J. B., Roulin, F. D. (1848). *Viajes científicos a los Andes Ecuatoriano*. Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. Edición facsimilar de la impresión de París.
- Buffon, G. (Comp.). (1853-1857). *Los tres reinos de la naturaleza, Museo pintoresco de historia natural*. Madrid, España: Gaspar y Roig.
- Cabarcas Antequera, H. (1994). *Bestiario del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Colombia: Instituto Caro y Cuervo.
- Canguilhem, G. (1992a). *El conocimiento de la vida*. Medellín, Colombia: Universidad Nacional, sede de Medellín.
- _____ (1992b). *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*. Medellín, Colombia: Universidad Nacional, sede Medellín.
- _____ (1992c). *La formación del concepto de reflejo en los siglos XVII y XVIII*. Medellín, Colombia: Universidad Nacional, sede de Medellín.
- Castellanos, J. (1955). *Elegías de varones ilustres de Indias*. Bogotá, Colombia: Biblioteca de la Presidencia de la República.
- Caulín, F. A. (1996). *Historia de la Nueva Andalucía*. Caracas, Venezuela: Academia nacional de historia.
- Clément, J. P. (1993). *Las instituciones científicas y la difusión de la ciencia durante la ilustración*. Madrid, España: Akal.
- Cobo, B. (1956). *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid, España: B.A.E.
- Colón, C. (1986). *Textos y documentos completos*. Madrid, España: Alianza.
- Cuvier, G. (1834). *Lecciones elementales de historia natural de los animales*. Valencia, España: Imprenta de Cabrerizo.
- 76 | Daston, L., Park, K. (1998). *Wonders and the order of nature. 1150-1750*. New York, Estados Unidos: Zone Books.
- Dagognet, F. (1990). *El catálogo de la vida. Estudio metodológico sobre la taxonomía*. Medellín, Colombia: Universidad Nacional, sede Medellín.
- De Cobarrubias, S. (1611). *Tesoro de la lengua Castellana o Española*. México d.f., México: Primer Diccionario de la Lengua..

- De Gubernatis, Á. (1882). *La Mythologie des plantes ou les légendes du règne végétal*. París, Francia: C. Rinwald.
- De Humbolt, A. (1941). *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*. Caracas, Venezuela: Ediciones del ministerio de Educación Nacional.
- De Oviedo, B. V. (1930). *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional.
- De Santa Gertrudis, J. (1956). *Maravillas de la naturaleza*. Bogotá, Colombia: Imprenta de la presidencia de Colombia.
- De Sevilla, I. (1982). *Las etimologías*. Madrid, España: Biblioteca de autores .
- Delaporte, F. (1997). *El segundo reino de la naturaleza. Ensayo sobre los problemas de la vegetalidad en el siglo XVIII*. Medellín, Colombia: texto inédito. trad. Rodrigo Zapata Cano, fotocopia.
- De las Casas, F. B. (1951). *Historia de las Indias*. México d.f., México: F.C.E.
- D'Orbigny, M. Ch. (1868). *Dictionnaire universel D'Histoire Naturelle*. París, Francia: A. Pilon et cie.
- Duran, J. (1983). *Ocaso de sirenas. Esplendor de manatíes*. México d.f., México: F.C.E.
- Durant, G. (1981). *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid, España: Taurus.
- Feijóo, B. J.. (1573). *Teatro crítico universal, o discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*. Madrid, España: Imprenta de los herederos de Francisco del Hierro.
- Fernández de Oviedo, G. (1959). *Historia general y natural de las Indias*. Madrid, España: edición de J. Pérez de Tudela.
- Fernández de Piedrahíta, L. (1881). *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Colombia: Medardo Rivas.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. México d.f, México: Siglo XXI.
- _____ (1982). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México d.f, México: Siglo XXI.
- Gerbi, A. (1950). *La disputa del Nuevo Mundo. La historia de una polémica. (1750-1900)* México d.f, México: F.C.E.
- _____ (1975). *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*. México d.f, México: F.C.E.

- Gilij, F. S. (1965). *Ensayo de historia americana*. Caracas, Venezuela: Academia Nacional de Historia.
- Gilson, E. (1976). *De Aristóteles a Darwin (y vuelta)*. Ensayo sobre algunas constantes de la biofilosofía. Pamplona, España: Eunsa.
- Giordan, A. (1988). *Conceptos de biología*. Madrid, Barcelona, España: Labor.
- Groot, J. M. (1889-1893). *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada escrita sobre documentos auténticos*. Bogotá, Colombia: José Mantilla (Ed.)
- Gumilla, J. (1963) *El Orinoco ilustrado y defendido*. Caracas, Venezuela: Biblioteca de la academia nacional de historia.
- Gutierrez Rodilla, B. (1988). *La ciencia empieza en la palabra*. Barcelona, España: Península.
- Guyénot, É. (1956). *Las ciencias de la vida en los siglos XVII y XVIII*. México d.f, México: UTEHA.
- Hernández de Alba, G. (comp.). (1983). *Escritos científicos de Don José Celestino Mutis*. Bogotá, Colombia: Ed. Kelly.
- Jacob, F. (1997). *El juego de lo posible*. Barcelona, España: Grijalbo Mondadori.
- _____ (1988). *La Lógica de lo viviente*. Barcelona, España: Salvat.
- Kappler, C. (1986). *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad media*. Madrid, España: Akal.
- Koyré, A. (1997). *Estudios de historia del pensamiento científico*. México d.f, México: Siglo XXI.
- _____ (1981). *Místicos, espirituales y alquimistas del siglo XVI alemán*. Madrid, España: Akal.
- Kriegeskorte, W. (1993). *Giuseppe Arcimboldi*. Colonia, Alemania: Benedikt Taschen.
- Le Goff, J. (1991). *Lo maravilloso y lo cotidiano en Occidente medieval*. Barcelona, España: Gedisa.
- Leroi-Gourhan, A. (1971). *El gesto y la palabra*. Caracas, Venezuela: Universidad Central de Venezuela.
- 78 | Lesser, M. (1745). *Theologie des insectes ou démonstration des perfections de Dieu dans tout ce qui concerne les insectes*. París, Francia: Ed Pierre Lyonel.
- Lévi-Strauss, C. (1982). *El pensamiento salvaje*. México d.f, México: F.C.E.
- Lucrecio. (1984). *De la naturaleza de las cosas*. Madrid, España: Ediciones Orbis.
- Malaxecheverría, I. (1983). *Bestiario medieval*. Madrid, España: Ediciones Siruela.

- Marón Publio, V. (1981). *Bucólicas, Geórgicas*. Madrid, España: Alianza.
- Mutis, J. C. (1957). *Diario de observaciones*. Bogotá, Colombia: Instituto colombiano de cultura hispánica.
- Nordenskiöld, E. (1949). *Evolución histórica de las ciencias biológicas*. Buenos Aires, Argentina: Espasa-Calpe.
- O'Gorman, E. (1958). *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*. México d.f, México: F.C.E.
- Ovidio. (1998). *Las metamorfosis*. México d.f, México: Porrúa.
- Pacheco, J. M. (1984). *Ciencia, filosofía y educación en Colombia*. Bogotá, Colombia: Hego Impresores.
- _____ (1959). *Los jesuitas en Colombia*. Bogotá, Colombia: San Juan Eudes.
- Paré, A. (1987). *Monstruos y prodigios*. Madrid, España: Ediciones Siruela.
- Pastor, B. (1983). *El discurso narrativo de la Conquista de América*. La Habana, Cuba: Casa de las Américas.
- Patiño, V. M. (1999). *Faunética. Antología poética zoológica panamericana y europea*. Bogotá, Colombia: Instituto Caro y Cuervo.
- _____ (1985). *Historia de la botánica y las ciencias afines en Colombia*. Bogotá, Colombia: Ed. Lerner.
- Rabelais, F. (1983). *Gargantúa y Pantagruel*. Barcelona, España: Círculo de Lectores.
- Ribero, J. D. (1956). *Historia de las misiones de los llanos de Casanare y ríos Orinoco y Cauca*. Bogotá, Colombia: Presidencia de la República.
- Romero, M. G. (comp.). (1992). *América de lo real maravilloso*. Bogotá, Colombia: Instituto Caro y Cuervo.
- Soto Posada, G. (1999). *Diez Aproximaciones al medioevo*. Medellín, Colombia: Universidad Pontificia Bolivariana.
- _____ (2001). *La función de la semejanza en las Etimologías de San Isidoro de Sevilla*. Medellín, Colombia: Universidad Pontificia Bolivariana, Cuadernos de formación avanzada.
- Subirats, E. (1981). *La ilustración insuficiente*. Madrid, España: Taurus.
- Teofrasto. (1988). *Historia de las plantas*. Madrid, España: Gredos.

- Tort, P. (1998). *L'ordre et les monstres. Le débat sur l'origine des déviations anatomiques au XVIIIe siècle*. París, Francia: Syllepse.
- Valmont de Bomare, J. C. (1800). *Dictionnaire Raisonné, universel d'histoire naturel*. Lyon, Francia: Bruyset Freres
- Vergara y Vergara, J. M. (1931). *Historia de la literatura en la Nueva Granada, desde la conquista hasta la independencia (1538-1820)*. Bogotá, Colombia: Biblioteca de la Presidencia de Colombia. Presidencia de Colombia.
- Zamora, F. A. (1980). *Historia de la provincia de San Antonio del Nuevo Reyno de Granada*. Bogotá, Colombia: Ed. Kelly.
- Zapata Gollán, A. (1944). *La fauna y la flora de Santa Fe (Argentina) en los primeros cronistas*. Santa Fe, Argentina: Ministerio de Gobierno es Instrucción Pública.

Revistas

- Aguirre, E. (1978). Dibujo zoográfico y tetracromía. La iconografía zoológica en el siglo XVIII y el Real Gabinete de Madrid. *Mundo científico*. 8(81).
- Albert, J-P. (1993). Las mitologías de la sangre. *Mundo científico*. 13(140).
- _____ (1989). La Colmena de Aristoteles: ciencia, filosofía, mitología. *L'Homme* XXIX (2), pp. 94-116. Trad inédita. Rodrigo Zapata Cano.
- Albert, S. B. (1991). Los científicos del desierto. Ciencia y técnica en Baja California durante la centuria ilustrada., *Revista de Indias*. 51(192).
- Alvarez López, E. (1942). El Dr. Francisco Hernández y sus comentarios a Plinio. *Revista de Indias*. (8).
- _____ (1943). La filosofía natural en el padre José de Acosta. *Revista de Indias*, (12).
- Bernand, C. (1997). Don quijote y las Indias Occidentales. *Unaula*. (17).
- Canguilhem, G. (1996). Necesidad de la “difusión científica”. *Sociología* (19).
- Cunill Grau, Pedro, “Felipe Salvador Gilij, geógrafo dieciochesco de la cuenca del Orinoco y del Amazonas venezolano”. *Montalbán*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1989 N° 21.
- Cohen, B. (1993). Lo que “vio” Colón en 1492. *Investigación y Ciencia*. (197).
- Del Olmo Pintado, M. (1992). La historia natural en la *Historia del Nuevo Mundo* del p. Cobo. *Revista de Indias*. 53(195-196).

- Del Pino Díaz, F. (1978). Contribución del padre Acosta a la constitución de la etnología. *Revista de Indias*. 38 (153-154).
- Fischer, J-L. (1993). Cómo nació la ciencia de los monstruos. trad. de Luis Alfonso Paláu. Medellín, Universidad Nacional (Sin más información)
- García Pinilla, J., Las fuentes clásicas de la *General y natural historia de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo. *Anuario de estudios americanos*. 48 (1).
- Gonzalez, J. (1979). Naturaleza e historia en las Casas. *Revista de Indias*. (155-158).
- Jared, Carlos. (1997). Las anfibenas, folclor y biología. *Mundo científico* (184).
- Kaspar, O. (1992). Fuentes para el estudio de los jesuitas checos en el ultramar., *Revista de Indias*. 52(194).
- Lafuente, A. (1978). Ciencia y política durante el reinado de Carlos III. *Mundo Científico*. 8(81).
- Lechner, J. (1986). Colón, San Isidoro y la templanza de los aires. *Revista de Indias*. 46(178).
- Monge Martínez, F. (1992). La historia natural y moral en la obra de A. J. Cavanilles. *Revista de Indias*. 52(195-196).
- Paláu, L. A. (1997). Figuras de la naturaleza y del discurso en la zoología colombiana de hace 130 años. *Revista de extensión cultural*. VOL(37).
- _____ (1994). Valenzuela, Mutis, Lozano y Caldas: alcances y limitaciones del saber de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada (1783-1816). *Quipú*. 11(2).
- Paolillo, A., Romero Díaz, A. (1989). Los relatos de la fauna orinoquense hechos por Felipe Salvador Gilij, evaluados con la óptica de la zoología del siglo XX. *Montalbán*. (21).
- Quevedo, E., Zaldúa, A. (1988). La formación del espíritu científico en el Nuevo Reino de Granada. *Revista Colombiana de Educación*. 16 (16).
- Restrepo Forero, O. (1986). El tránsito de la historia natural a la biología en Colombia 1784-1936. *Ciencia tecnología y desarrollo*. 10(3/4). pp 181-275
- Restrepo, G. (1985). La formación del espíritu científico en Colombia. Recuperado de: http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/16_05ens.pdf
- Valderas, J. M. (1992). Descubrimiento europeo de la flora americana. *Investigación y Ciencia* (193)
- Biblioteca Nacional de Colombia (Ed.). (1993). De Botánicos cartógrafos y exploradores. *Senderos*. 5(25-26).
- _____ (1987). Número monográfico sobre expediciones ilustradas. *Revista de Indias*. 47(180).

En el Nuevo Reino de Granada algunos padres misioneros se dedicaron a inventariar la flora y fauna. Pero estos inventarios no poseen un orden que todos puedan seguir. Por ejemplo, si alguno de ellos describe las aves, lo hará en la medida en que las vaya encontrando en sus itinerarios y, de este modo, pueden aparecer al lado de descripciones de plantas o de otros animales dispersos en todo el texto. Los seres vivos encuentran su existencia (modo y figura) gracias a que sus relatos aumentan la leyenda en la que han estado atrapados o comienzan a estarlo. Esta leyenda se compone de elementos muy heterogéneos, los cuales provienen de la Antigüedad, la Edad Media o el Renacimiento, así como de los que toman de los textos contemporáneos de divulgación científica, tales como los diccionarios de historia natural y las enciclopedias. Este ensayo describe la manera por la cual estos elementos, tomados de diversos contenidos culturales, se articulan, gracias a la función de la semejanza, en las descripciones que los misioneros realizan de los seres vivos.